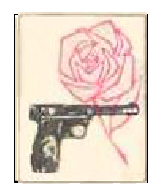


Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Queridos muertos

Yo puedo matar tanto o más que usted, aunque no tan fríamente como hizo usted con aquella desdichada gente de los camiones. Personas tratadas como simple masa humana sacrificada por criminales como usted quedan en mis recuerdos como esos queridos muertos en aras de ambiciones inhumanas y hasta absurdas. ¡Tengo tantos queridos muertos en todo el mundo! Cientos de miles, millones de queridos muertos, millones y millones de seres humanos inmolados por bestias criminales como usted… ¿Y usted cree que no soy capaz de matarlo? Sólo tengo que recordar a mis queridos muertos…



Lou Carrigan

Queridos muertos

Brigitte en acción - 450

ePub r1.0
Titivillus 05-12-2017

Lou Carrigan, 1989
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

—¿Sabes lo que tendrías que hacer? —propuso Minello—: ¡mudarte a vivir al campo!

—¿Al campo? —Se pasmó Brigitte—. ¿Quieres decir a ese sitio donde hay montañas, y árboles, y sembrados y cosas así?

—¡Exactamente!

—Vamos, Frankie, no digas tonterías.

—¿Te parece una tontería vivir en el campo? ¡Pues hay mucha gente decente que vive allí! ¡Y además, no son tontos!

—Eso ya lo sé. Pero esas personas están acostumbradas, y yo no. Me pasaría como a la carpa del cuento.

—¿Qué carpa? ¿Qué cuento?

—Supongo que sabes lo que es una carpa.

—¡Zambomba, claro que sé lo que es una carpa! ¡Es un pez de río o de lago, o algo así!

—Es un pez bastante basto, en efecto de río, aunque preferentemente vive en lagos o charcas grandes. Hay un cuento sobre una carpa que fue pescada en un lago de aguas fangosas… ¿Conoces ese cuento?

—No.

—Si quieres te lo explico.

—¡Estupendo! ¡Pero tiene que ser en la cama, para que me duerma! ¡Qué buena idea! Nos vamos los dos a la cama, tú me cuentas el cuento de la carpa, y nos dormimos abrazados como buenos hermanos.

—Cada día eres más sinvergüenza —rió Brigitte—. Si quieres que te explique el cuento de la carpa tendrá que ser aquí, en la terraza, gozando de esta tranquilidad.

—Está bien —suspiró Minello—, que sea en la terraza.

Brigitte comenzó el cuento de la carpa que vivía en un lago fangoso, mientras Minello bebía otro sorbito de champán con

guinda y lanzaba una mirada hacia la luminaria que era Manhattan. Se hallaban ambos, en efecto, en la terraza del apartamento de Brigitte en la Quinta Avenida, frente a Central Park. Se habían dado un baño en la pequeña piscina ubicada en un lado de la terraza, para aliviarse del calor, y luego habían regresado a las extensibles, junto a las cuales estaba la mesita en la que Peggy, el ama de llaves de Brigitte, había colocado el cubo de plata con hielo y una botella de Dom Perignon. Hacía calor en Nueva York, y a Brigitte el aire acondicionado le resultaba cargante, de modo que había propuesto a su amigo del alma tomar un baño en la piscinita de la terraza, a lo que Frankie Minello había accedido encantadísimo de la vida. En realidad Frankie habría accedido a cualquier cosa que le propusiera Brigitte. Si ésta le hubiera dicho que para divertirse se iba a lanzar desde la terraza a la calle, nada menos que veintisiete pisos más abajo, Minello se habría tomado de su mano y habría saltado con ella.

Brigitte estaba encantadora después del baño, que había tomado desnuda, sin empacho alguno por la presencia de Frankie. Ahora, con la cabellera revuelta y rizada, y envuelta en un albornoz blanco que reflejaba las luces de Nueva York, estaba sencillamente para comérsela, en opinión de Frank Minello.

—… así que el pescador sacó la carpa del agua, y se quedó mirándola, apenado. Se preguntó cómo era posible que algún ser pudiera vivir en aquellas aguas estancadas sin degenerar. Y a decir verdad, la carpa estaba degenerando, o cuando menos sufriendo ciertas mutaciones: tenía los ojos empañados, en vez de escamas tenía una piel blanda que repelía, olía mal… En fin, que el pescador, compadecido, decidió hacer una buena obra aquel día, y se llevó la carpa a un río…

—¿Había un río por allí cerca?

—Sí, a cosa de unas tres millas.

—¿Y cómo llevó el pescador la carpa al río?

—En la cesta.

—¿Y la carpa no se murió por el camino?

—Claro que no.

—¡Eso es imposible! Por mucho que corriera el pescador la carpa habría muerto asfixiada. Para recorrer tres millas, aunque sea en automóvil, se necesita más tiempo del que la carpa puede estar

fuera del agua. Y además, seguramente sería mal terreno, así que tardaría tanto tiempo en llegar desde el lago al río que la carpa moriría.

—Pues no —se mosqueó Brigitte—: no murió.

—Te creo porque lo dices tú —movió la cabeza Frankie—, pero estoy seguro de que tanto tiempo fuera del agua debió de acabar con la vida de la carpa.

—¡Te digo que no fue así, sino que el pescador la llevó desde el pantano al río, y que la carpa llegó con vida!

—Bueno, mujer, no te pongas así. Es que la lógica me dice que…

—¡Te estoy contando un cuento, no discutiendo de lógica! Así que cuando digo que la carpa llegó con vida al río tú te callas.

—Está bien, está bien, el pescador llevó la carpa de pantano al río y… Por cierto: ¿qué hacía un pescador pescando en un pantano? Eso es una tontería, pues todos sabemos que las carpas son peces de baja calidad comestible, y en cuanto a meter una carpa en un acuario de esos tan bonitos, ¡menuda tontería, con lo feas que son! Porque tú estás hablando de carpa de pantano, ¿verdad?, de esa de color tierra o lodo, no de esas preciosas carpas de estanque de jardín japonés.

—Frankie, eres un estúpido.

—Si tú lo dices tiene que ser verdad —se compungió Minello—: soy un estúpido. ¿Qué pasó con la carpa?

—Era una carpa de pantano, en efecto fea y de baja calidad comestible. Y el pescador, movido por la compasión y el deseo de hacer feliz a la pobre carpa la llevó al río de aguas frescas y transparentes, y la echó en él.

—En el río.

—¡Sí, la echó al río!

—¿Y qué pasó?

—Que la carpa se murió.

—¡Zambomba! ¡Qué mala suerte!

—¿No quieres saber por qué murió?

—Apuesto a que ya era viejecita. Tengo entendido que las carpas viven muchos años. A lo mejor aquel pescador había pescado a la carpa que era la abuelita de todas las carpas, o sea, vamos, la abuelita de todas las carpas del pantano. Sí, debía de ser tan viejecita que el cambio de temperatura de las aguas…

—¡No fue el cambio de temperatura lo que la mató!

—¿Pues qué fue?

—La pureza de las aguas. La carpa había nacido en el pantano, docenas de generaciones antes que la suya habían nacido en el pantano, y éste era su hábitat y no otro: aguas cálidas, fangosas y profundas. Y cuando la trasladaron al riachuelo de aguas corrientes y transparentes y frías no pudo soportar el cambio y se murió.

Minello asintió, bebió otro sorbo de champán frío, y suspiró:

—¡Qué bien se está aquí!

—¿Lo ves? —exclamó triunfalmente Brigitte—. ¡Te está pasando lo mismo que a la carpa del cuento! Nueva York es nuestro pantano, y si nos llevasen a vivir en otras condiciones quizá no las resistiríamos. Por eso he dicho que sería una tontería irse a vivir al campo: nuestros organismos están acostumbrados a la polución y demás condiciones de vida de Nueva York.

—Si ya te había entendido, mujer —sonrió Frankie de orejota a orejota—. Pero de todos modos unos cuantos días en tu chalé del lago no nos sentaría nada mal. ¿Crees que si fuésemos a nadar al lago algún pescador nos confundiría con una carpa?

Brigitte iba a contestar, seguramente alguna impertinencia, cuando vio a Peggy cruzando el salón, seguida de un hombre al que, por supuesto, reconoció en el acto: nada menos que Charles Alan Pitzer, el jefe del Sector New York de la CIA, es decir, su jefe directo, como agente de la CIA que era, además de la periodista más famosa del mundo… Minello siguió la mirada de Brigitte, vio llegar a Peggy y a Pitzer, y lanzó una exclamación.

—¡Hombre, no! —aulló—. ¡Ya nos han fastidiado la fiesta!

—¿Qué fiesta? —Llegó preguntando Pitzer.

—Siéntese, tío Charlie —rió Brigitte—, y tome una copa de champán. Peggy, querida, ¿serás tan amable de traer otra botella?

—Precisamente para eso he acompañado al señor Pitzer, señorita.

Pitzer se sentó en una de las tumbonas, dejando junto a él unas revistas dobladas. Peggy se llevó el cubo para preparar otra botella en hielo.

—Oiga —masculló Frankie—, no habrá venido usted a estas horas de la noche para decirle a Brigitte que tiene que irse a cualquier parte del mundo a que la maten, ¿eh?

—Claro que no —rechazó Pitzer—. Simplemente, pasaba cerca de aquí y pensé que sería buena idea saludar a Brigitte.

—¿Y a mí no?

—No sabía que estaba aquí, Frankie.

—Pues estoy aquí.

—Ya lo veo.

—No empiecen con sus conversaciones para tarados mentales —les amenazó Brigitte—, o los dejo solos en la terraza. Y hablemos claro, tío Charlie: ¿de verdad no ha venido a encargarme ningún trabajo para la CIA?

—Pero bueno —refunfuñó Pitzer—, ¿es que uno no puede simplemente visitar a los amigos? Se me ocurrió que a veintisiete pisos de altura se debía de respirar mejor que ahí abajo, y decidí venir. Es muy simple, ¿no?

—En efecto —murmuró Brigitte.

—Oiga —propuso Frankie—: ¿quiere que le explique el cuento de la carpa? ¡No me mire con esa desconfianza, hombre! Es un cuento que me ha explicado Brigitte.

—Ah, bueno —se tranquilizó Pitzer—: entonces sí.

—¡A ver si será verdad que hoy ha venido usted en plan simpático!

* * *

—¡Pero qué sorpresa tan agradable! —Acudió Simón-Floristería a recibirla a la puerta de la floristería—. ¡Hacía tiempo que no venía por aquí, señorita Montfort!

Brigitte sonrió irónicamente, al tiempo que no sólo aceptaba la mano del ayudante de Pitzer, sino que le besaba en ambas mejillas.

—No hace falta su comedia, Simón: estamos solos. Así que ni yo soy solamente la clienta señorita Montfort, ni usted es un simple florista obsequioso. Los dos somos espías, éste es el cubil de la CIA en el Sector de New York, y yo deseo ver cuanto antes a nuestro jefe. ¿Es posible?

—Para usted sí. ¿La acompaño o conoce el camino?

Brigitte rió, y se dirigió al fondo de la floristería, donde se iniciaba el pasillo que conducía a diversas dependencias y que terminaba en un insólito jardín diminuto donde, realmente, el

temible jefe de la CIA en New York se dedicaba a cuidar flores. En aquel momento, sin embargo, Charles Alan Pitzer no estaba cuidando flores, sino en el despacho, observando la pantalla del pequeño televisor por medio del cual había visto a Brigitte a su llegada a la floristería. Brigitte entró, se sentó frente a él, sacó del bolso unas revistas, y las colocó sobre la mesa.

—Anoche se dejó usted olvidadas en casa estas revistas —dijo.

—¿Y se ha molestado en venir sólo para traérmelas?

—Veamos, tío Charlie: ¿qué se propone realmente?

—¿A qué se refiere?

Brigitte separó dos revistas y las colocó una junta a otra, abiertas ambas por determinada página. En una de las revistas aparecía un primer plano del rostro de un hombre de raza negra, el profesor de Literatura Francesa Jefferson Carson, fallecido súbitamente; la revista llevaba fecha de dos meses atrás. En la otra revista también seleccionada por Brigitte se veía un grupo de negros solazándose al sol junto a una piscina rodeada de jardines; especialmente tres de las muchachas negras eran preciosas, y dos de ellas utilizaban monobikini, de modo que lucían al sol sus espléndidos pechos desnudos. La foto en cuestión formaba parte de un reportaje de cariz turístico-estival firmado por un tal Glenn Rush; la fecha de esta revista era de cinco días atrás.

—Esta mañana, cuando salí a tomar café a la terraza, vi sus revistas «olvidadas», y les eché un vistazo. Usted sabía que yo haría eso. Y sabía también que no dejaría de darme cuenta de lo… absurdo que resulta esto: el profesor Jefferson Carson, muerto hace dos meses en Pine Bluff, aparece en esta otra fotografía con bellas muchachas, publicada hace cinco días. Y el reportaje es actual también, no de hace dos meses. ¿Correcto?

—Sí —asintió Pitzer.

—De donde se desprende que un hombre muerto hace dos meses ha sido fotografiado con vida hace pongamos una semana. ¿Correcto?

—Correcto. Estaba seguro de que se daría cuenta de que en la foto de la piscina aparecía Jefferson Carson; por eso no le dije nada, sino que preferí que sin coacción alguna por mi parte usted misma se diese cuenta de ello. ¿Ha examinado bien las fotografías?

—Naturalmente. Con lupa. Supongo que la fotografía de la

piscina está trucada.

—No. Ha sido examinada por los expertos de la CIA, y todos han coincidido en que es una fotografía genuina.

—Tío Charlie, es demasiado temprano para adivinanzas. ¿Cuál es el truco?

—Pensamos que a usted le interesaría averiguarlo, aunque sólo fuese como periodista. Por nuestra parte no hay truco alguno. Ahora bien, hemos averiguado algo que quizá pueda interesarle tanto como el despropósito de esa segunda fotografía: el hombre que la tomó y que escribió el reportaje, el tal Glenn Rush, falleció de un accidente de automóvil justo la tarde en que debió de enviar su reportaje a la revista Mississipi, para la cual trabajaba hacía unos siete años. Glenn Rush era de raza negra.

—Pero todo esto no tiene sentido… ¿O sí lo tiene? Quiero decir: ¿sabemos algo especial respecto a la muerte de Glenn Rush?

—No. Al parecer fue un auténtico accidente… Aunque si usted lo desea puedo enviar a unos cuantos muchachos a investigarlo todo a fondo… y discretamente, por supuesto.

—¿No sabemos nada más de Glenn Rush? ¿Se dedicaba realmente al periodismo y nada más que al periodismo?

—Hasta donde nosotros sabemos sí. Hemos sabido que este verano se había propuesto hacer una serie de reportajes estivales, de esos simpáticos, recorriendo el estado de Arkansas y tomando fotografías de los lugares de recreo más interesantes y agradables. Algo así como una guía para las personas que viven en Arkansas y que quieran hacer turismo interior.

—Sí, entiendo. Es una idea simpática. Y al parecer Glenn Rush tenía buen olfato y buen gusto para elegir lugares agradables. Por ejemplo, el de esta foto de la piscina es un motel sito cerca de la pequeña localidad de Russellville, y su nombre es muy apropiado: Poblado Motel. Todos los *bungalows* están construidos a estilo africano.

—Así es. Y el motel es sólo para negros.

Brigitte miró vivamente a Pitzer.

—Eso no se explica en el reportaje —exclamó.

—Será un pequeño olvido por parte del periodista Rush.

—No lo creo. Simplemente él decidió que no tenía por qué decirlo.

—Es posible. Seguramente no tiene importancia, por otro lado. En Arkansas hay bastantes negros, diría yo.

—¿Qué sabemos del profesor Jefferson Carson?

—Si se refiere usted a la más remota posibilidad de que Carson fuese persona ligada de algún modo al espionaje, olvídelo. Él era un buen profesor de Literatura Francesa, y eso es todo. No tenía doble vida en nada. Era un solterón amable, pacífico, querido por todos, enamorado de su trabajo, loco por la literatura, especialmente la francesa. De repente, un día, fallece de un infarto, y se acabó. Nada más.

—¿Nada más? —Alzó las cejas Brigitte—. Estamos viendo en una foto actual a un hombre que falleció hace dos meses.

—Sí, es chocante —admitió Pitzer.

—Chocante no es la palabra —rechazó Brigitte—. Yo diría que es imposible.

—Tal vez si fuese usted a Russellville, a ese Poblado Motel, encontraría todavía allí al hombre de la foto actual, y quizá nos lleváramos la sorpresa de que se trata de un notable parecido, pero nada más. Eso nos tranquilizaría a todos.

—No se trata de un «notable parecido»: es el mismo hombre.

—Si usted lo dice…

—Lo digo, y me propongo demostrarlo.

—Va a tener pequeñas dificultades —sonrió Pitzer—: recuerde que ese motel es sólo para negros. No admiten mujeres blancas de ojos azules.

Brigitte también sonrió. Los dos sabían que ese problema podía ser resuelto fácilmente por medio del suero Blackcolor, genial invento de Mc Gee, el jefe de armamentos especiales de la CIA: cuando se inyectaba ese suero Brigitte Baby Montfort teñía su piel de una coloración más que suficiente para que pudiera pasar por una espléndida muchacha de raza negra. Era un recurso que había utilizado muchas veces. En cuanto a los ojos, unas simples lentillas bastarían para que sus ojos pareciesen negros…

—Quiero una investigación más fondo sobre el profesor Carson —dijo de pronto Brigitte—. Y sobre el periodista Rush y su muerte; asegúrense de que fue un auténtico accidente, y, en todo caso, quiero una exposición detallada de cómo ocurrieron las cosas. Y quiero también los reportajes anteriores de esta serie que había

comenzado Rush. Localicen e investiguen al médico que certificó la muerte del profesor Carson… Todo eso. Yo iré llamando para interesarme por el curso de la investigación…, mientras me tomo unas pequeñas vacaciones en el Poblado Motel con el nombre de… ¿qué le parece Scarlett Flowers?

Capítulo II

—Scarlett Flowers —dijo el recepcionista del Poblado Motel, tras mirar y remirar en sus anotaciones—… Pues lo siento, pero no consigo encontrar su nombre en las reservas, señorita Flowers.

—Ah, claro que no lo va a encontrar —dijo la señorita Flowers—: es que no había hecho ninguna reserva.

El recepcionista se quedó mirándola atónito, saltones sus grandes ojos relucientes.

—¿No hizo reserva? —murmuró.

—No —sonrió Scarlett—. ¿Tenía que hacerla?

La señorita Scarlett Flowers era negra. El recepcionista del Poblado Motel era negro. Todo el mundo dentro del motel era de raza negra, lo cual era lógico, habida cuenta de que así se indicaba en el cartelito que había en la entrada de la cabaña de la conserjería: BLACK ONLY. Negros solamente. Hasta aquí la señorita Flowers no podía tener problema alguno. Es más: considerando la belleza de la señorita Flowers casi valía la pena echar del hotel a cualquier otro huésped y quedarse con la señorita Flowers ocupando su cabaña.

Pero lo que no podía ser no podía ser, y el recepcionista, aun lamentándolo, murmuró:

—Sí, tenía que hacerla. Verá usted, éste es un motel famoso en todo el estado, y especialmente por vacaciones suele estar lleno. Algunas personas piden su reserva incluso con meses de antelación.

—Caray —se pasmó graciosamente Scarlett.

—Lo siento mucho.

—¿Quiere decir que no hay modo de arreglarlo?

—Me temo que no.

—¡Pero esto es un fastidio tremendo!

—Me hago cargo de su contrariedad, pero no puedo alojarla.

—¿Y si le diese un beso? —propuso Scarlett.

A partir de esta oferta la imaginación del conserje se disparó… La señorita Flowers era alta, esbelta, guapísima, joven, alegre, simpática, fresca y dinámica, y si uno se la imaginaba en monobikini en la piscina le podía dar un infarto de gusto. Eso, sólo mirándola. Si uno se imaginaba a Scarlett Flowers colgada de su cuello y dándole besos entonces sí que se iba uno directo al cielo.

De manera que, con estas fantasías en su cabeza, el conserje pareció aislarse de las miserias y tonterías de este mundo y quedar inmerso en un hechizo que había de durar toda la vida…

—Oiga —chascó dos deditos Scarlett ante los ojos cristalizados del conserje—… ¡Oiga, amigo!

El conserje parpadeó, su expresión volvió a ser tristemente humana, y se quedó mirando a la muchacha con la cual había estado soñando veloz y fugazmente maravillas de la vida no aptas para escolares, frígidos, y castos de solemnidad.

—¿Qué? —preguntó.

—Lo de mi cabaña —rió Scarlett—… ¿Puedo contar con ella a cambio del beso?

—Si por mí fuese se podía quedar usted con todo el motel —aseguró el hombre—. Pero créame, como el motel no es mío no puedo proporcionarle ninguna cabaña. Es inútil que insista…, aunque por mí puede hacerlo. No tengo nada más agradable que hacer que seguir contemplándola.

—Bueno —suspiró Scarlett—, al menos es usted simpático. Mire, podríamos hacer una cosa: usted me recomienda un buen hotel cerca de aquí, y en cuanto haya una vacante me avisa y me traslado. ¿Qué le parece?

—Por mí está bien. Podría usted alojarse en el Central… Diga que la enviamos nosotros.

—¿Eso les sentará bien?

Rieron los dos. La señorita Scarlett Flowers hizo un gesto de despedida, recogió el maletín de viaje que había dejado sobre el mostrador, y salió de la cabaña-conserjería. Nada más aparecer en el exterior frunció el ceño con bien expresivo gesto de disgusto. Todo era encantador en el Poblado Motel, y abandonarlo para irse a un hotel cualquiera no podía hacerle gracia a nadie.

Frente a la cabaña estaba el coche alquilado con el cual se había presentado en el motel minutos antes Scarlett. Ésta se metió en el

coche, pero no se fue del motel, sino que desplazó el coche hasta dejarlo bajo la sombra de unos pinos, y se apeó. Luego, maletín en mano, se dedicó a pasear por el lugar, contemplando las pintorescas cabañas, los setos magníficamente cuidados, los grandes y abundantes arbustos floridos que flanqueaban los senderos de tierra fresca, limpia, bien regada. Los terrenos terminaban en una suave pendiente en la orilla del Arkansas River, que discurría con suave rumor ofreciendo los destellos de sus aguas que parecían de cobre. Césped, palmeras, flores de todos los colores… A la derecha había una instalación para jugar al tenis, con cuatro pistas. A la izquierda la piscina, de la cual llegaba el alegre rumor de chapoteos, risas y voces.

La señorita Flowers se dirigió hacia la zona de la piscina tras haber paseado por la orilla del río y haber contemplado a dos parejas jugando al tenis. Hacía demasiado calor para darle a la raqueta, por fuerza se tenía que estar mejor en las transparentes aguas de la piscina, o bajo las alegres sombras de sus parasoles de colores.

Contemplar la zona de la piscina era un encanto. En el agua retozaban hermosas jóvenes, y otras tomaban el sol con el pecho descubierto, tendidas lánguidamente en cómodas tumbonas. Sentados alrededor de mesas colocadas sobre el césped había hombres solos, o parejas… Era una imagen y un ambiente como de tarjeta postal o de publicidad turística. El sol se reflejaba de modo cegador en las azules aguas de la piscina.

Un camarero observaba, de pie junto al bien ubicado bar, a la señorita Scarlett. Ésta abrió su maletín, sacó una pequeña cámara fotográfica, y tomó rápidamente cinco o seis fotografías de la piscina y su zona de relax. Guardó la cámara y se quedó mirando a dos hombres que, sentados ante una mesa uno frente al otro, se contemplaban en silencio; los dos parecían de madera, o como hipnotizados… La muy atenta mirada de Scarlett pasó de estos dos hombres a un matrimonio de edad mediana, colocados uno junto al otro sobre sendas toallas blancas extendidas sobre el césped. Los dos tenían los ojos abiertos, como cristalizados, impávidos bajo un sol terrible.

Scarlett Flowers sintió un lento y profundo estremecimiento en todo su cuerpo.

Su mirada se desplazó hacia las hermosas jóvenes semidesnudas que ahora se pasaban una gran pelota de colorines, siempre riendo. Luego, fue hacia el impresionante atleta negro que se disponía a lanzarse a la piscina desde la palanca. Efectuó un salto perfecto y desapareció majestuosamente bajo las aguas.

Los dos hombres sentados uno frente a otro seguían contemplándose en silencio. El matrimonio de edad mediana continuaba contemplando el cielo refulgente, bellísimamente azul. No se habían movido ni un milímetro… En otra mesa, un joven de aspecto delicado, con lentes, sostenía un libro con una mano, y sus ojos estaban quietamente posados en una página. Scarlett le estuvo observando: no movía los ojos, no pasaba la página, no hacía nada…, salvo estar sentado allí, con la mirada quieta sobre la misma página del libro…

—¿Tiene algún problema?

Al oír la voz a su derecha y un poco atrás Scarlett se volvió, y sonrió al camarero que había visto antes observándola desde el bar.

—No, en absoluto.

—Si desea tomar algo la serviré con mucho gusto. También puedo acompañarla, si lo desea.

—Acompañarme… ¿adónde?

—A su cabaña.

—Ah, no —rió Scarlett—. Es usted muy amable, pero no estoy alojada aquí.

—¿No está alojada en el motel?

—No. Pero no por mi gusto: simplemente, no reservé una cabaña.

—Entiendo. Suele ocurrir.

—De todos modos, me gustaría sentarme a la sombra a tomar algo…

—No puede ser. Antes le ofrecí mis servicios porque creí que estaba usted alojada en el motel. En realidad, señorita, usted no puede estar aquí.

—¿Por qué no?

—El motel es sólo para las personas que lo ocupan, y no se admiten curiosos.

—¡Yo no soy una curiosa! Ya le he dicho…

—Sí, sí, y la creo. Pero no puede permanecer en el motel. Si

permitiéramos la entrada a los curiosos nuestros clientes ya no se sentirían tan a gusto, perderían su intimidad. De ninguna manera es agradable que haya gente a nuestro alrededor metiendo las narices en todas partes…, y el Poblado Motel garantiza a sus clientes que eso no va a ocurrir. Otra cosa que no está permitida es tomar fotografías. Lo siento, pero tendrá que entregarme usted la película de las que ha tomado.

—¿Sí? A ver si se atreve usted a quitármela.

Scarlett se quedó mirando desafiante al camarero, que frunció el ceño, titubeó, y hasta pareció dispuesto a la acción. Pero de pronto desvió la mirada, la dejó quieta en un punto un par de segundos, y volvió a mirar a Scarlett.

—No vamos a desquiciar las cosas, ¿verdad? —dijo—. Sin embargo, sí me permito insistir en que abandone el motel. Imagínese que fuese usted la que ya estuviese alojada aquí: ¿le gustaría que permitiésemos la entrada a todos los mirones que quisieran divertirse contemplándola?

—La verdad es que no. Tiene usted razón, y puesto que ahora sí tengo hecha una reserva me conviene respetar las reglas, para exigir que se cumplan cuando yo esté alojada aquí.

—Es un sensato punto de vista. La estaré esperando con un cóctel especial obsequio del motel.

—Estupendo. Bueno…, adiós.

—Adiós, señorita.

Scarlett se dio cuenta de que el camarero volvía a mirar tras ella al mismo punto que antes. Se volvió con disimulada rapidez, pero no pudo identificar a la persona que había estado cambiando miradas con el camarero; una persona que, indudablemente, le había hecho señas a éste para que no complicara la situación.

Un par de minutos más tarde Scarlett abandonaba el Poblado Motel al volante de su coche, enfilando la carretera en dirección a Russellville. El calor era tremendo, pero dentro del coche se estaba bien, gracias a la refrigeración. Scarlett dirigió una mirada al espejo retrovisor, y sus preciosos labios se apretaron un instante, al ver el gran automóvil que circulaba tras ella a unos cien metros.

¿Casualidad? ¿O se trataba de algún negro del motel que había recibido orden de vigilarla, para asegurarse de que se instalaba en el Central Hotel a la espera de disponer de plaza en el motel?

Sin problema ni empacho alguno Scarlett redujo la velocidad de su coche, y terminó por detenerse en el arcén. El otro coche pasó circulando con toda normalidad, en dirección a Russellville. Al volante iba un hombre de unos treinta y cinco años, que parecía alto, que tenía un enérgico y atractivo perfil, de rostro pecoso, y largos cabellos rubios. El hombre en cuestión ni siquiera miró hacia su derecha, es decir hacia el coche de Scarlett.

Ésta aguardó cinco minutos, y reemprendió la marcha hacia Russellville.

No volvió a ver el otro automóvil, ni al rubio pecoso, ni nada que le causara preocupación o simplemente desconfianza.

En el Central Hotel no tuvo problema alguno, pues además de ser mixto no hacía falta pedir reservas. Scarlett se duchó, bajó a almorzar, y regresó a su habitación, dispuesta a dormir una siesta, que prolongó hasta las tres y media. A esa hora decidió salir, lo que hizo tras ponerse en encantador vestido de tono amarillo pálido que hacía un bello contraste con su piel que más que negra parecía dorada.

Hacia las cuatro, Scarlett entraba en un cine refrigerado, del cual salió un poco antes de las seis. Se quedó contemplando la amplia Avenida Principal de Russellville, con casas bajas, bonitas tiendas, y espléndidos eucaliptos altísimos recortándose en un cielo diáfano. El ambiente era tranquilo, sureño, cinematográfico. Scarlett echó a andar por la acera, en dirección al hotel, pero al llegar a la plaza vio la terraza-bar, y se dirigió hacia allá sin el menor titubeo. Un grupo de jóvenes reían y alborotaban ocupando una mesa. La barra estaba al fondo, en una privilegiada posición de frescor y de posibilidades visuales.

Scarlett se encaramó a un taburete, y miró al camarero, de raza blanca y pelo color panocha.

—Tónica con naranja —pidió.

—*Okay*, tónica de naranja.

—No. He dicho una tónica con naranja. O sea, una tónica con el jugo de una naranja de verdad exprimida.

—¿Cuál es la diferencia?

—Que yo quiero lo que he pedido, no lo que otros quieren que pida.

El camarero se quedó mirando reflexivo a Scarlett, haciendo un

tremendo esfuerzo por captar la sutileza de la frase. Al parecer, terminó por conseguirlo, porque asintió y se alejó. Regresó casi cinco minutos más tarde, depositando ante Scarlett una bella copa sugestivamente presentada con una rodaja de naranja en el borde.

—La naranja ha debido de ir a buscarla usted a California —dijo la guapísima—, pero ha valido la pena. Gracias.

—Le advierto que a este bar no vienen muchos negros. Para ser del todo sincero voy a decirle que no viene ninguno.

—A mí me gusta ser original.

—Eso no siempre es conveniente.

—Oiga, no será usted del Ku Klux Klan, ¿verdad?

El camarero movió la cabeza, y se retiró. Scarlett bebió un sorbo de la copa, y pareció aceptarlo. El tipo rubio y pecoso del gran automóvil apareció entonces en la terraza, con cara de despistado. Scarlett no podía creer lo que veían sus ojos. Se quedó mirándolo sin disimulo alguno. El atleta rubio pareció verla entonces, y se acercó a su mesa. Tenía una sonrisa simpática, y era guapo a rabiar, cosa que él debía de saber perfectamente y de lo cual debía de haber sacado partido en muchísimas ocasiones.

—Oiga, señorita —se colocó ante Scarlett—, estoy buscando la tienda de un amigo que…

—¿Es usted forastero? —le interrumpió Scarlett.

—Sí, sí. Verá usted, mi amigo…

—Yo también soy forastera.

—Ah. Bueno, en ese caso…

—Y tengo la seguridad de que usted y yo coincidimos en más cosas. Por ejemplo, lo que usted pretende realmente es trabar conversación conmigo, ¿no es cierto? Pues bien, a mí no me molesta eso. Además, debemos de tener la gran coincidencia de que ambos somos periodistas… ¿A que es usted periodista?

—¿Cómo ha podido adivinarlo? —exclamó el atleta, abriendo mucho los ojos.

—Es que soy muy lista. Pese a lo cual, lo que no he conseguido adivinar es por qué me siguió usted esta mañana cuando salía del Poblado Motel.

—Caramba —sonrió el otro—, realmente es usted lista, señorita…

—Scarlett Flowers.

—Precioso nombre. Yo me llamo John Smith.

—No se ha matado usted buscándose un nombre, francamente.

—El de usted también es falso.

—Bueno, pero el mío es bonito, en cambio John Smith es de lo más vulgar y soso que he oído jamás.

—Si lo prefiere puede llamarme de otra manera. Por ejemplo… ¿qué le parece De Witt Mason?

—¡Caramba, eso sí que es un nombre!

—Celebro que le guste. ¿Puedo sentarme, entonces?

—Si me va a tratar como a una persona tan inteligente como usted mismo, siéntese. Si me va a tratar como a una tonta será mejor que cada cual siga su camino.

De Witt Mason se sentó, y ofreció un cigarrillo a Scarlett. El camarero llegó, con el ceño fruncido, mosqueado al parecer por el fulminante ligue realizado ante sus narices. De Witt Mason pidió «lo mismo que la señorita», la cual le contemplaba a través del humo del recién encendido cigarrillo.

El camarero se alejó, y De Witt dedicó de nuevo toda su atención a Scarlett, la cual dijo amablemente:

—Tienes toda la facha de ser uno de los fisgones chicos del servicio secreto británico. Yo soy del servicio secreto canadiense.

—Pero mujer, las cosas no se hacen así —protestó De Witt—: hay que echarle más emoción al asunto.

—A lo mejor esto tiene más emoción de la que tú piensas. Por ejemplo, ¿qué te parezco?

—Estás buena como la vida misma.

—No me refería a eso. Lo que te pregunto es tu opinión respecto a mí: ¿estoy muerta o estoy viva?

Capítulo III

De Witt estaba serio ahora. Contemplar los negros ojos de Scarlett Flowers era un refinamiento por el cual valía la pena vivir, y pareció que el británico tuviera la intención de dedicarse a ello el resto de su vida, incolora, inodora e insípida hasta entonces.

—¿Sabes? —dijo de pronto—. Tengo la impresión de que realmente eres de las personas que das sabor y emoción a la vida.

—Gracias, pero eso no contesta mi pregunta.

—Mujer, es más que evidente que tú estás viva.

—En cambio, el profesor Jefferson Carson está muerto —murmuró Scarlett—, ¿no es eso? Pese a lo cual tú has visto su fotografía en el mundo de los vivos, en la revista Mississipi, concretamente en el reportaje turístico sobre el Poblado Motel.

—Scarlett, corres demasiado.

El camarero llegó en aquel momento, y colocó ante De Witt su copa. Scarlett miró al pelirrojo con el ceño fruncido, y comentó:

—A mí tardó más en servirme.

—Es que esta vez no he tenido que ir a California a por las naranjas, pues las tenía aquí del anterior viaje.

—Inconvenientes de ser la primera.

El camarero se alejó.

De Witt probó la bebida, y alzó las cejas. Luego encogió los hombros, y dijo:

—Realmente, siempre es mejor sin alcohol.

—¿Por qué te parece que corro demasiado? Tú y yo somos dos personas inteligentes, sin duda, pero no creo que seamos los únicos en el mundo. Hay otras personas inteligentes, y seguramente varias de ellas se han dado cuenta también del insólito hecho de que un hombre muerto hace tres meses estuviera vivo hace una semana. Eso significa que no tardando mucho tendremos un montón de colegas investigando el mismo asunto que nosotros. Y me refiero a

colegas espías, porque de los otros, es decir, colegas periodistas, quizás estén ya por aquí. Y de los otros colegas también quizá tengamos cerca a alguno. Así que hay que darse prisa.

—Puede que tengas razón. Bueno: ¿has visto a Jefferson Carson en el Poblado Motel?

—No.

—¿Me lo dirías si lo hubieras visto?

—¿Por qué no? Esto, en mi opinión, no es una cuestión de espionaje, sino de algo raro que posiblemente corresponda al mundo de la Ciencia. Así pues, no tenemos por qué antagonizar los intereses británicos ni canadienses. Aparte de que los canadienses y los británicos somos como hermanos, ¿no?

De Witt Mason se echó a reír, y palmeó una mano a la negra.

—Scarlett, eres encantadora —elogió sinceramente—, pero puesto que eres una espía sé muy bien que de un modo u otro me mientes. Sin embargo, aun mintiéndonos uno al otro quizá podamos conseguir beneficios de esta simpática relación. ¿Has tomado fotografías allá dentro?

—Sí.

—Yo he tomado algunas fuera del motel. Y tengo un sitio donde puedo revelar las tuyas en un periquete. Hagamos un trato: tú me enseñas las fotografías que has tomado dentro del motel y yo te enseño las que he tomado fuera.

—Huy, no hay comparación posible. ¡Valen mucho más las mías!

—¿Estás segura?

Scarlett miró atentamente los grises ojos del rubio. Sí, los dos eran inteligentes, los dos eran veteranos, los dos sabían tomarse las cosas con buenos modales y hasta con buen humor, como si el espionaje fuese divertido…, pero todo tenía un límite. Así que Scarlett dijo:

—Si tú pudieras entrar en ese motel sólo para negros no me ofrecerías el trato.

—Claro que no. Y si tú ya tuvieras las fotos que yo he conseguido tampoco aceptarías. Y las mías son más meritorias, porque son fruto de la oportunidad. En cambio las tuyas podría yo conseguirlas aunque fuese entrando subrepticiamente en el motel y escondiéndome entre los arbustos.

—Tengo la impresión de que no saldrías de allí —sonrió Scarlett

—. Pero no alarguemos más la cuestión: acepto el intercambio de información.

—Eres una chica lista, porque vas a salir ganando mucho con el cambio. ¿Tienes aquí las fotos?

—Tengo la película por revelar, sí.

—Permíteme invitarte —dijo De Witt.

Se puso en pie, dejó un billete sobre la mesa, y retiró la silla de Scarlett, que se puso en pie, recogió su bolso, y abandonó la terraza, sin más preguntas. Era por demás evidente que De Witt Mason tenía un apartamento cerca de allí, y en ese apartamento todo lo necesario para revelar fotografías. Y además, le gustaba De Witt Mason.

* * *

Scarlett se equivocó en un pequeño detalle nada más: De Witt no tenía un apartamento alquilado, sino un pequeño y gracioso chalé en la zona residencial de la población, que cualquiera sabía cómo había conseguido. Cosas del espionaje, que tiene tentáculos en todas partes.

Las fotografías que había tomado Scarlett en el Poblado Motel, seis en total, habían sido reveladas ya, y De Witt había obtenido tres copias de cada una. Ahora, ambos espías estaban examinando cada uno un juego de copias, en silencio. De Witt les dedicaba toda su atención concentrada, lo cual era lógico, considerando que eso sería todo lo que él vería del interior del motel. En cambio, Scarlett ya había visto la realidad con sus propios ojos, así que podía permitirse no estar tan concentrada, y prestar atención a otros asuntos.

—¿Hace mucho que estás por aquí? —preguntó.

—Un par de días nada más —replicó distraídamente De Witt—… Parecen medio muertos.

—¿Quiénes?

—Algunos de estos hombres. En especial este muchacho de los lentes que está leyendo un libro. Tiene algo… raro y siniestro.

—Sí —le miró seriamente Scarlett—. Y todavía es más evidente al verlos en persona.

—Su apariencia es muy parecida a la que tiene el profesor

Jefferson Carson en la foto de la revista Mississipi. Resulta… escalofriante, ¿no te parece? Observa al matrimonio tendido al sol sobre las toallas: parecen… como de piedra. Y estos dos hombres que se están mirando también parecen de piedra…, o de cera, no sé.

—Pero son reales, te lo aseguro. De carne y hueso. Muy diferentes a otras personas que hay allí, que ríen, corren, saltan y nadan, pero son de carne y hueso.

—Parecen medio muertos —insistió De Witt.

—Yo diría más bien que parecen medio vivos nada más.

—Es extraño que el profesor Carson no esté en el motel.

—Yo no he dicho semejante cosa. He dicho que yo no lo he visto, no que no esté. Sin embargo, creo adivinar lo que piensas, y estoy de acuerdo contigo: a raíz de la publicación de ese artículo firmado por el desdichado Glenn Rush, muerto en accidente, el profesor Carson fue… retirado del Poblado Motel.

—Tú y yo nos entendemos muy bien —sonrió secamente De Witt.

—Esperemos que ese buen entendimiento no se deteriore al negarte tú ahora a enseñarme las fotografías que tomaste tan… oportunamente.

—Claro que no.

De Witt metió la mano cuidadosamente detrás de un cuadro, retiró un sobre, y se lo entregó a Scarlett.

—Supongo —dijo ésta— que ya has enviado copias a tu servicio.

—Claro, mujer. Estas copias me las quedé para echarles un vistazo de cuando en cuando. Lo que no se ve la primera vez puede verse la vigésima… o la centésima. Pero parece que ahí sólo puede verse lo que se ve…, y tú ya me entiendes.

Scarlett asintió, mientras sacaba las fotografías del sobre. Había solamente cinco, pero valían la pena, ciertamente. Una de ellas mostraba una camioneta por la parte de atrás, perfectamente visible la matrícula, y junto a la portezuela, de pie, había un hombre de raza negra, evidentemente conversando con el conductor de la camioneta; el lugar donde había sido tomada la fotografía era la entrada del Poblado Motel. La segunda fotografía mostraba la misma camioneta, ahora de frente, acercándose al fotógrafo, o sea, alejándose del Poblado Motel. La tercera fotografía mostraba la camioneta detenida en la Avenida Principal de Russellville frente a

un General Merchandises; un hombre de raza china se estaba apeando de la camioneta. La cuarta fotografía mostraba al chino saliendo del establecimiento General Merchandises, cargado con algunos paquetes. La quinta fotografía mostraba el rostro del chino en una ampliación más que suficiente para poder identificarlo más adelante en cualquier lugar y circunstancia.

Scarlett dedicó buena atención a este chino, que parecía tener unos sesenta años, aunque conservaba los cabellos negros y abundantes; sus ojos, pequeños, vivos, inteligentes, parecían contener chispas de luz. Vestía muy vulgarmente, tejanos y una vieja cazadora, pero Scarlett sabía que aquel chino no era vulgar.

Por fin, la bella negra miró al guapo rubiales, con gesto inquisitivo, y él murmuró:

—Se llama Lin Fuah, y es el cocinero del Poblado Motel.

—Eso es absurdo —exclamó Scarlett.

—Sí que lo es —admitió De Witt—: en un lugar sólo para negros no tienen por qué contratar un cocinero chino, que a su vez ha contratado a dos ayudantes también chinos. Hay cocineros negros realmente formidables.

—A mí me encanta la comida china.

—A mí también —aseguró De Witt—, pero ese motel es sólo para negros, así que no tiene sentido tener personal chino. Es una idiotez. ¿Tú eres racista?

—No —rechazó Scarlett.

—Bueno, pero vamos a suponer que lo eres: ¿qué diferencia habría para ti entre un blanco o un chino? Los dos serían simplemente ajenos a la raza negra, ¿no es así?

—Desde luego si fuese racista lo mismo rechazaría a los blancos que a los chinos o a los indios —asintió Scarlett—: el racismo no es sólo una postura entre blancos y negros. Tienes razón, no sólo es absurdo lo de contratar chinos, sino una idiotez que no encaja con nada de todo esto… ¿Cómo te has enterado del nombre y el empleo de este Lin Fuah?

—Preguntando discretamente en la tienda adonde fue a comprar para el motel.

—¿Disponéis en el MI5 de informes sobre él?

—Hasta el momento no he recibido nada. Estoy a la espera.

—Tal vez sería buena idea que yo también pidiera informes a mi

servicio. Lo haré en cuanto llegue al hotel, pues tengo allá la radio, con otras pequeñas cosas.

—Eso quiere decir que vas a pasar la noche en el hotel.

—¿Dónde, si no? —se sorprendió Scarlett.

—Pensé que podríamos cenar juntos, y que luego aceptarías mi invitación para alojarte aquí. Estarías más cómoda. Y yo tampoco soy racista.

—Ya. No eres racista a la hora de acostarte con una negra que está para comérsela, ¿verdad? Pero luego, para llevarla a la ópera, a un simple cine, y no digamos a un restaurante o a casa de unos amigos la cosa es muy diferente.

—Nadie ha hablado aquí de acostarse juntos —gruñó De Witt—: no te hagas ilusiones.

Scarlett soltó una carcajada, y se puso en pie, tras guardar las fotos del rubio atleta en su bolso, con las copias de las tomadas por ella misma en el motel.

—No eres precisamente sutil, ¿sabes? —dijo mirando risueña a De Witt—. Esta mañana me seguías sin disimulo alguno, aunque luego, al ver que yo me detenía sí quisiste disimular y pasaste de largo…, supongo que para vigilarme con más discreción a partir de entonces, lo cual era para mí tan evidente como si hubieras continuado dejándote ver. Tampoco fuiste muy sutil antes, al abordarme en la terraza. Y no digamos ahora, que prácticamente me has pedido que pase la noche contigo. Y después de todo esto tienes la desfachatez de decirme que no me haga ilusiones. Francamente, eres un caso curioso como espía y como hombre.

—Pues no digamos tú: eres la tía más buena que he visto en mi vida, y en lugar de sacar partido de ello te metes en esta mierda que es el espionaje, jugándotela absurdamente por unos cuantos centavos.

—¿De dónde sacas tú que estamos haciendo espionaje? —Alzó mucho las cejas Scarlett—. Esto es sólo una… intrigante curiosidad, no veo cómo se le puede clasificar de espionaje.

—¿Aceptas cenar y dormir conmigo o no?

—No. Me gusta vivir de ilusiones…, y cuando éstas se cumplen ya no tienen tanta gracia. ¡Qué emocionante va a ser mi vida a partir de ahora, siempre suspirando y soñando con la ilusión de estar algún día entre tus brazos!

De Witt hizo un gesto de muchacho simpático, se acercó a Scarlett la abrazó, y la besó en la boca. Luego susurró:

—Venga, no seas rencorosa y quédate.

—Me acostaré contigo cuando me lo pidas en verso —rió ella—. Y ahora suéltame o te doy un rodillazo en los testículos que ya no valdrá la pena que escribas los versos.

—¿De verdad te acostarás conmigo cuando te lo pida en verso?

—Si los versos me gustan, sí.

—De acuerdo. —De Witt la volvió a besar en la boca—. Te acompañaré a la puerta. ¿Me pasarás el informe si tu servicio se entera de algo del chino Lin Fuah?

—Siempre he sido partidaria de las alianzas. Entre otras cosas porque mientras duran, aunque sea por conveniencia, no hay violencias. En cualquier caso, si continúas palpándome mi lindo trasero mientras caminamos hacia la puerta va a haber violencia, te lo advierto.

—Te lo voy a decir bien claro —dijo De Witt, deteniéndose ambos ante la puerta del chalecito—: me has puesto caliente como un toro.

—Pues dúchate con agua fría —rió Scarlett.

—Prefiero dedicarme a escribir versos. —De Witt abrió la puerta —. Recuerda que…

Captó la tensa expresión de ella, que miraba hacia el exterior, y giró la cabeza. Allá, frente a ellos, recortándose en el umbral y las tempranas sombras de la noche, había un hombre alto, recio, vestido con traje completo de verano, corbata y camisa blanca. Tenía en la diestra una pistola con silenciador que resultaba mucho menos desagradable y amenazadora que su cara, grande, basta, fea, hostil.

—Pongan las manos sobre la cabeza y vuelvan adentro —dijo el hombre en perfectísimo inglés.

—Oh, no —protestó Scarlett Flowers—… ¡Ya tenemos aquí a los rusos!

—Retrocedan —dijo el nuevo personaje, moviendo la pistola.

—Tómeselo con calma, ¿quiere? —dijo con tono desabrido De Witt—. Estamos consiguiendo…

—Cierre la boca y retroceda —insistió el otro—. A mí nunca me han gustado los graciosos. Y menos si son guapos convencidos de

que lo son.

—Tengo la impresión —dijo Scarlett— de que nuestro colega ruso nos ha estado vigilando más o menos desde que hicimos contacto en la terraza de aquel bar. Aunque posiblemente ya nos había estado viendo por separado antes. ¿Cuánto tiempo hace que está por aquí, colega?

—Ustedes dos son un par de graciosos, ¿eh? —dijo el soviético —. Pues yo también les voy a decir algo gracioso: o retroceden o les meto una bala en el vientre a cada uno. ¿Qué les parece mi chiste?

—De un ruso no se podía esperar nada mejor —dijo De Witt—… ¡Hey, hey, tranquilo, ya entramos, hombre, ya entramos…!

Efectivamente, ante el gesto de furia del ruso, De Witt y Scarlett terminaron por obedecer sus órdenes de retroceder, entrando de nuevo en la casa, cuya puerta cerró el ruso con un pie.

—¿Hay alguien más en este lugar? —preguntó.

—Si hubiera alguien más aquí dentro ya te habrían volado la cabeza, Boris —replicó De Witt—, pues no eres precisamente sigiloso, ¿sabes? Pero bueno, no compliquemos las cosas. Nosotros hemos decidido unir nuestras fuerzas y nuestras informaciones al respecto. ¿Entras en ello?

—¿En qué?

—En lo del profesor Jefferson Carson —intervino Scarlett—. Ya nos entiendes, Boris.

—Sois muy listos. Y no me sorprende que os hayáis aliado, pues es algo corriente entre los británicos y los americanos, así que…

—Perdón —alzó un dedito Scarlett—: yo no soy americana. Es decir, sí soy americana, pero no yanqui, ¿comprendes? Soy canadiense.

—Claro que no —sonrió el ruso de pronto—. Tú eres yanqui, guapa.

—¿Por qué crees eso?

—Porque solamente los yanquis tienen la desfachatez de que has estado haciendo gala todo el día desde que apareciste en escena yendo de un lado a otro y exhibiéndote más que una bandera. Así que conmigo nada de cuentos: eres americana. Lo de que éste sea británico sí me lo creo, ¿ves? Y ahora que las cosas están claras, vamos al grano: quiero que me expliquéis qué está tramando Estados Unidos en colaboración con sus primos británicos con todo

este asunto de los muertos vivientes.

—¿Y si no te lo explicamos? —condicionó Scarlett.

—Si no me lo explicáis —susurró el ruso extendiendo el brazo con la pistola firmemente sujeta en la mano— vosotros dos vais a ser antes de un minuto dos muertos bien muertos.

Capítulo IV

—Está bien —pareció resignarse De Witt ante lo inevitable—, ya veo que no vamos a tener más remedio que sinceramos contigo. La verdad es que Londres y Washington han decidido poner en marcha un plan diabólico que no dejará vivo a un solo ruso sobre la faz de la Tierra. El plan consiste…

El ruso, que estaba tenso y como fascinado por la explicación del británico, captó demasiado tarde el movimiento de Scarlett Flowers: no tuvo tiempo más que de comenzar a desviar el arma hacia ella, mientras veía algo así como un centelleo negro desplazándose hacia él… Recibió en la mano armada el puntapié aplicado por Scarlett, que lanzó la pistola hacia el techo. Y casi simultáneamente, la bella negra giraba como en bellísimo paso de *ballet*, dando la espalda al ruso y disparando ahora la otra pierna, que subió tanto como la anterior; el talón golpeó al ruso en la barbilla, empujándolo hacia atrás. Scarlett terminó de dar la acrobática vuelta, quedó de frente al ruso, y le lanzó otro puntapié, ahora a los testículos, acertando de lleno tan delicado objetivo. El ruso se encogió, palideció, se quedó mirando a Scarlett con los ojos bizcos, y luego, lentamente, se desplomó sin sentido.

—Caray —dijo De Witt.

—Eres fantástico contando cuentos —sonrió Scarlett—. La verdad es que nunca creí que pudiéramos manejarlo con un truco tan viejo y vulgar.

—Bueno —señaló De Witt al ruso—, él también es viejo y vulgar.

—Vamos a ver quién es…, o quién dice ser en Estados Unidos.

—Pero si ya lo sabemos: se llama Boris.

Scarlett se acuclilló junto al desvanecido soviético, y le quitó la billetera, que examinó rápidamente, mientras De Witt se hacía cargo de la pistola del malparado colega.

—No te lo vas a creer —dijo Scarlett, mostrando una tarjeta de identidad.

—¿Se llama realmente Boris? —exclamó De Witt.

—Más chocante todavía: ¡John Smith!

—Oh, no. Cariño, me parece que los espías estamos perdiendo la imaginación.

—Nada de eso —rechazó Scarlett—. Lo que pasa es que no nos complicamos la vida para cosas tan simples como utilizar un nombre falso. Pero no estamos perdiendo la imaginación, ni mucho menos: la utilizamos para cosas más sofisticadas y diabólicas. Así, mientras la gente piensa que estamos en decadencia, nosotros los vamos engañando a nuestro gusto y placer. Y el que sea tan tonto que no se dé cuenta de esto, allá él.

—Si yo hablase como tú me dedicaría a dar conferencias.

—Ésa es una buena idea, a tener en cuenta cuando esté viejecita de verdad y no pueda ir por ahí pegándoles patadas a los rusos. Bueno, tendremos que elegir entre seguir llamándole Boris o utilizar el John Smith, pues no lleva ninguna identificación más encima.

—Yo opto por lo de Boris.

—De acuerdo. ¿Qué hacemos con él?

—Matarlo, naturalmente.

—No digas tonterías.

—No es ninguna tontería: de cuando en cuando es divertido matar un ruso.

—¿Quieres dejar de decir estupideces? Creo que lo mejor sería que te lo quedares aquí y cuidaras de él.

—¿Tengo que cuidar de él? —Se pasmó De Witt—. ¿Quieres decir darle de mamar, limpiarle el culito, darle el biberón, y todo eso?

—Hasta mañana —sonrió Scarlett.

Y sencillamente abandonó el chalé, esta vez sin tropiezo alguno. De Witt Mason se quedó mirando al ruso, terminó por mover la cabeza con gesto de fastidio, agarró al colega por la ropa del cuello, y lo arrastró hasta uno de los dormitorios, en cuya cama lo colocó y a la cual lo ató con trozos de cordel, alambre, cuerdas y hasta dos corbatas. Cuando Boris/Smith recuperó el conocimiento estaba lisa y llanamente a merced del espía británico, que le amenazó con un dedote.

—Ahora hablo en serio, Boris: pórtate bien, durmamos tranquilamente tras una cena agradable, y las cosas irán sobre ruedas. Y ya que hablamos de cenar: ¿qué te gustaría comer?

—Muérete —gruñó el ruso.

—Te has quedado sin cenar —castigó el británico.

* * *

Cuando terminó de cenar en el comedor del hotel, Scarlett Flowers valoró la posibilidad de aprovechar la noche para darse una vuelta clandestinamente por el Poblado Motel, pero terminó por rechazarla. Si de día no se veía nada, menos se vería de noche…, a menos que uno quisiera profundizar del todo en la incursión, lo que tal vez estropearía o cuando menos complicaría las cosas. Así pues, decidió subir a su habitación y dedicarse pura y simplemente a descansar. Por supuesto, antes de cenar había recurrido a la radio de bolsillo para solicitar que se la informase sobre el tal Lin Fuah, el cocinero chino del motel, en cuanto fuese posible, pero convencida de que sólo sería posible transcurridas por lo menos doce horas.

Se llevó una sorpresa: nada más abrir el armario para colocar el vestido en un colgador, oyó los suaves zumbidos que emitía la pequeña radio dentro de su maletín de viaje. La sacó, admitiendo la llamada.

—¿Sí?

—Hola. Soy yo.

—Muy bien —sonrió Scarlett—. Y yo soy yo. ¿Qué ocurre?

—Es sobre el chino Lin Fuah. Ya tenemos su historial.

—¿De veras? —Se pasmó Scarlett—. ¡Eso es rapidez!

—Ya sabes que por ti somos capaces de ir a la Luna en barca.

—¡Eso sí que sería una proeza! —rió Scarlett—. ¡Y no la tontería del Challenger y demás artefactos voladores!

—Celebro que comprendas y aprecies nuestro esfuerzo.

—Seguro que sí. Bueno, ¿qué es lo que sabemos de Lin Fuah? ¿Y cómo lo hemos sabido tan pronto?

—Es que constaba su ficha en nuestros archivos. Lin Fuah es ciudadano norteamericano, descendiente de aquellos chinos que estuvieron hace un siglo construyendo nuestros ferrocarriles de costa a costa, ya sabes, trabajando por cinco centavos diarios.

—Eso es una exageración.

—Sí, pero no demasiado grande. En fin, vamos a lo de Lin Fuah: estudió en la universidad de Los Ángeles, obteniendo con altos méritos la graduación en Ciencias Químicas. Casi inmediatamente encontró un empleo en unos laboratorios de productos químicos. Mientras trabajaba en ellos continuó estudiando, licenciándose en Medicina en tres años solamente, por supuesto convalidando sus estudios de química. Cambió de empleo entonces, y durante más de diez años estuvo trabajando como médico en diversos hospitales por todo el país. Últimamente su especialidad era la Bioquímica, y, en los últimos años de actividad laboral hasta desaparecer, estuvo…

—¡Un momento! ¿Qué quiere decir eso de desaparecer?

—Pues que tras abandonar su último empleo, en un organismo gubernamental, desapareció. Precisamente por haber trabajado en ese organismo es por lo que tenemos tantos datos de él.

—Está bien. Sigue.

—Decía que en los últimos años de actividad laboral hasta desaparecer estuvo realizando labores de forense, adquiriendo unos grandes conocimientos y proporcionando interesantes aportaciones sobre la realización de autopsias… Podemos enviarte todo el *dossier* completo, si quieres.

—No —murmuró Scarlett—, por el momento no es necesario. Pero se me está ocurriendo que quizá no estamos hablando del mismo hombre.

—La descripción que nos hiciste de él concuerda con la que consta en nuestros archivos sobre el ciudadano norteamericanos de raza china llamado Lin Fuah. De todos modos sería conveniente que nos proporcionases una fotografía, para cotejarla, y así no tendríamos ninguna duda.

—Os la enviaré al punto convenido. Pero esto no tiene sentido: el Lin Fuah del que yo hablo es cocinero.

—Pues no sé qué decirte.

—Volveré a llamar cuando haya reflexionado sobre esto. Adiós.

Cortó la comunicación, guardó la radio, y fue a sentarse en una butaca, pensativa. Cocinero. Médico forense y cocinero. Cocinero y médico forense. No, no tenía sentido. Debían de ser dos Lin Fuah diferentes, no podía tratarse del mismo hombre.

¿O sí?

La idea de volver al motel al día siguiente e intentar llegar a la cocina para obtener alguna fotografía de Lin Fuah pasó por la mente de la espía. Incluso llegó a pensar que tal vez podría conseguir alguna huella digital del chino. O de alguien del motel, de alguna de las personas que estaban alojadas allí, especialmente.

Sí, podía intentar conseguir fotografías de aquellas personas que parecían como alucinadas: del joven intelectual, del matrimonio que tomaba el sol, de los dos sujetos que permanecían rato y rato inmóviles y mirándose…, y posiblemente otras personas más que debían de estar en las mismas condiciones, en la misma actitud extraña, como alucinada.

«—Estoy segura de que son muertos», pensó Scarlett.

Pensó en el profesor Jefferson Carson, que a raíz de ser publicado en la revista Mississipi el reportaje de Glenn Rush había desaparecido del motel. Pero había estado allí. Un hombre muerto había estado en el motel como si nunca hubiera muerto. Y seguramente los demás estaban en las mismas circunstancias: muertos resucitados… ¡Qué tontería!

Podía ir allá con un libro, o mejor con una revista cuya cubierta fuese de papel satinado, en el cual quedarían las huellas de quien la tocase. Simularía que conversaba porque sí, que sólo había ido al motel para ver si ya disponían de una vacante para ella…, y luego, con las huellas y las fotos conseguidas tal vez pudieran llegar a saber si realmente en el motel había más «muertos»…

Pero tuvo la certeza de que a las buenas sería imposible conseguir semejante cosa.

¿Entonces…?

* * *

De Witt se asomó al dormitorio en el cual había dejado a Boris tan sólidamente amarrado a una cama.

El ruso estaba dando tirones intentando soltarse, lo cual hizo sonreír a De Witt.

—¿Te encuentras bien, Boris? —se interesó.

El ruso le dirigió una mirada colérica…, que enseguida adquirió un matiz de interés, al ver al británico vestido completamente de negro.

—Esto lo pagaréis caro —masculló.

—Vamos, no seas tonto —dijo De Witt, yendo a sentarse en el borde de la cama—. ¿A qué llamas tú pagarlo caro? ¿Acaso estás pensando en matarnos a Scarlett y a mí cuando quedes libre? ¿Harías eso por unos cuantos golpes? Además, te ofrecimos la oportunidad de entrar en el juego, ¿no es cierto?

—Está bien, acepto. Colaboraré con vosotros.

—Nada de eso, compadre. Se te pasó la oportunidad. Escucha, tengo que pedirte un favor… Seguramente Scarlett vendrá por la mañana, yo creo que bastante temprano. Si yo he regresado, pues todos contentos. Si no he regresado, dile que se me han cargado las gentes del motel. ¿De acuerdo?

—De modo que vas a meterte en la boca del lobo.

—¡Ah! ¿Los rusos también usáis esa expresión?

—No, pero estamos hablando en inglés, y en inglés sí se dice así.

—Eres un viejales simpático. ¿Estamos de acuerdo, Boris? Aunque la verdad es que espero volver.

—Quizá tendrías más oportunidades si yo te acompañara.

—No —rechazó De Witt—. No te lo tomes a mal, pero eres algo así como un mastodonte, y harías tanto ruido a tu paso que te oirían hasta en Washington. Prefiero que te quedes aquí, y que si no vuelvo le digas a Scarlett que efectivamente en ese motel pasa algo serio.

—Está bien, de acuerdo; pero no me dejes atado. Te juro que aunque me sueltes me quedaré en esta casa como si estuviera atado.

—Joder, no te pases —gruñó De Witt—: que una cosa es ser amable y hasta si te viene de gusto que nos demos besos en la boca, y otra cosa es ser tonto y creerte. Hasta la vista, Boris…, espero. Te dejaré la luz encendida, para que no pases miedo durante la noche.

—Cabrito de mierda.

—Tu padre —sonrió De Witt.

Salió del dormitorio, y en la sala se colocó el breve atalaje con la funda axilar, y encima el holgado jersey, también negro, de fino hilo. Agarró el macuto, no menos negro que el resto de su indumentaria, y salió de la casa, dirigiéndose hacia donde tenía su coche, con el cual partió.

Apenas quince minutos más tarde detenía el coche a unos doscientos metros de la entrada normal del Poblado Motel, apagaba

el motor y las luces, y miraba su reloj de esfera luminosa.

Eran las veintidós horas y catorce minutos.

Demasiado pronto.

De Witt Mason echó el respaldo del asiento hacia atrás, se acomodó, cruzó los brazos sobre el pecho, y en cuestión de segundos quedó dormido, tras poner su despertador mental para dos horas más tarde.

Despertó, sin sobresaltos ni dificultades, exactamente a las doce y veinte, hora que comprobó en su reloj. Perfecto. Había descansado y había dado tiempo a todo el mundo en el motel para que se retirase a descansar.

Lo que quedaba por hacer era muy sencillo: sólo tenía que entrar en el motel, buscar el despacho de la dirección, entrar en éste, y buscar aquí todos los datos posibles sobre la presencia de Jefferson Carson, su desaparición y posible paradero actual, y, por supuesto, encontrar algo que justificase que en un motel sólo para negros tuviesen un cocinero chino.

Se apeó, caminó junto a los altos setos que circundaban los terrenos del Poblado Motel, y precisamente en el punto donde dichos setos terminaban para ser sustituidos por un trozo de muro, decidió pasar al otro lado. Escaló el muro con toda facilidad, y saltó al otro lado. Podía ver luz todavía en algunas de las cabañas, pero la mayoría estaban a oscuras.

Una de las que tenían luz tenía que ser la cabaña en la que se hallaba instalada la recepción de clientes y la dirección del motel. De Witt Mason dedujo que tenía que ser la que más cerca estuviera del sendero principal, y buscó éste. Lo encontró fácilmente.

Sólo tenía que seguirlo y llegaría a la cabaña deseada. Caminó paralelamente al sendero principal, escondiéndose entre los arbustos de flores, con todas las precauciones para no ser visto. En cualquier otro motel tal vez habría podido simular que era uno de los clientes, pero no en éste donde sólo había negros… y chinos.

Divisó de pronto la cabaña conserjería. Y tuvo la plena certeza de que era la que buscaba porque en el porche, con las manos en los bolsillos del pantalón y un cigarrillo entre los labios, como disfrutando de la grata temperatura nocturna, había un hombre. El conserje, sin duda.

Era estupendo que el conserje estuviera fuera de la cabaña. De

este modo él sólo tenía que ir por la otra parte y ver si…

Todas las luces del motel se apagaron.

Absolutamente todas.

De Witt tuvo la desagradabilísima y súbita sensación de quedarse ciego.

Pero no sordo. Oyó la voz, tranquila y pastosa, con toda nitidez:

—Será mejor para usted que no oponga resistencia, que por otra parte sería absurda: por muchos hombres que pueda matar, yo los recuperaría. Sea tan amable de salir al sendero con los brazos en alto.

De Witt no se movió. Permaneció como si fuese de piedra en aquella pavorosa oscuridad. Le pareció ver al fondo el brillo de las aguas del río, pero quizás era una ilusión de sus ojos inmersos en aquellas profundas tinieblas.

De repente, alrededor de él, comenzó a percibir movimiento. Unos pasos lentos y pesados, unos movimientos pausados. Sintió que se le erizaba el vello, y todo su cuerpo se estremeció.

Supo con toda certeza que estaba rodeado por hombres muertos.

Capítulo V

De Witt Mason comenzó a erguirse lentamente, mientras desenfundaba la pistola, sin poder evitar el pensamiento: ¿de qué podía servirle una pistola contra personas ya muertas? ¿Podría matarlas otra vez? Y aunque lo hiciera… ¿volverían a la vida?

El espía británico frunció el ceño. ¿Acaso iba a volverse tonto? ¿Cómo se le había ocurrido acatar el juego, la situación, ni siquiera por unos momentos?

—Escuche —dijo terminando de erguirse con gesto altivo—, tal vez si conversamos llegaremos a un acuerdo, pero si alguien me molesta tiraré a matar.

En alguna parte sonó una risa blanda y amable.

—A su gusto —le autorizaron—. Por mí no se prive de nada. Tiene cinco segundos para obedecer la orden que le di antes.

De Witt comenzó a contar mentalmente él mismo tan corto espacio de tiempo. De pronto oyó un rumor tras él, se volvió, y divisó el movimiento de una sombra enorme. Alzó la pistola y disparó. Plop, sonó el disparo con silenciador. Apareció un breve fogonazo, y De Witt vio ante él el rostro de un enorme negro coloreado por el resplandor, al tiempo que oía el escalofriante impacto de la bala contra la carne del sujeto, que se detuvo… De Witt dio un paso hacia él, apoyó la mano izquierda en el pecho del hombre, y empujó, derribándolo como si fuese un enorme saco puesto verticalmente.

El negro se desplomó con gran rumor de matorrales, desapareciendo de la ahora leve visión que De Witt disponía al ir acostumbrándose sus ojos a la oscuridad apenas disuelta por el lejano resplandor de Russellville…

De repente, volvieron las luces. Es decir, aparecieron más luces que antes, pues algunos focos buscaron rápidamente a De Witt por entre los arbustos, sirviendo tan sólo, de momento, para poner de

manifiesto la presencia de numerosos negros que formaban el círculo alrededor del intruso. Éste se lanzó con veloz y poderosa carrera hacia un punto donde no parecía haber adversarios, pero aparecieron con torpe andadura dos negros, dispuestos a cortarle el paso.

De Witt ni siquiera se molestó en disparar. Estaba sencillamente escalofriado viendo ahora aquellos ojos inexpresivos y quietos, como si estuviesen cubiertos por una membrana hecha de tiempo muerto, de luz muerta, de vida que no era vida… Alcanzó la posición de los dos negros, y derribó a uno de un puntapié entre las ingles y a otro de un golpe con la pistola en un lado del cuello.

Aparecieron más negros, acercándose a la carrera; torpe carrera, que de pronto a De Witt le sugirió la andadura cinematográfica de los zombies, los llamados muertos vivientes. Era pavoroso el modo de moverse de aquellos hombres, y, especialmente, su absoluto silencio, como si fuesen mudos, como si jamás hubiesen tenido voz.

Pero de pronto, como queriendo convencer a De Witt de que estaba equivocado, uno de los negros, algo alejado de él, comenzó a emitir extraños bramidos y a señalar entre unos matorrales. Para asombro de De Witt, de entre los matorrales apareció una figura femenina, veloz como un relámpago, vista y no vista, pero a la que identificó en el acto por la rapidez y la felina belleza de su cuerpo.

—¡Scarlett! —exclamó.

—¡Tenías que estropearlo todo! —le gritó ella—. ¡Patoso!

El asombro del agente británico concedió oportunidad a dos de los negros a llegar ante él, bamboleándose. Uno de ellos quiso quitarle la pistola, mientras el otro le golpeaba en el estómago con un puño enorme y lento, pero que pareció de plomo macizo. De Witt resopló, soltó su mano derecha de un tirón, y con la pistola golpeó al negro que pretendía quitarle el arma, retrocediendo enseguida. El negro que le había golpeado insistió en ello, abalanzándose contra De Witt puños en alto; el británico se inclinó, el negro cayó como un saco sobre su espalda, y De Witt, irguiéndose brusca y fuertemente, lo lanzó por encima de él sobre unos matorrales…

—¿Qué es lo que quieres demostrar? —Oyó la voz de Scarlett—. ¡No pierdas el tiempo, corre!

De Witt saltó al sendero. Por delante de él, como una sombra

apenas visible, corría Scarlett, a la que de pronto atrapó de lleno la luz de uno de los focos. Scarlett desvió su marcha…, y fue a caer entre los brazos de uno de los negros, que emitió algo parecido a un mugido, retuvo fuertemente a la espía, y apretó el esbelto cuerpo contra su poderoso tórax.

—¡La… tengo, la… ten… go…! —Pareció rebuznar.

Scarlett no se anduvo con miramientos de ninguna clase. Sentía el aliento del negro en su rostro, y su piel en su piel, tensa, dura y fría, como seca, como… plastificada. Deseando por encima de todo perder aquel contacto escalofriante, Scarlett giró lo poco que pudo el cuerpo, dejando un espacio suficiente para poder golpear al negro con el puño derecho, alcanzándole en los testículos. El negro aflojó la presión, Scarlett terminó de girar, se liberó, y cuando aquél, pese al dolor, intentaba acercarse de nuevo a ella, lo derribó con una rápida ejecución del *okuri ashi barai* de judo, barriendo los pies del negro, que cayó como un saco.

De Witt apareció junto a Scarlett, aullando:

—¿No podías estar durmiendo, como una persona normal?

—¡Traidor! ¡No me dijiste que ibas a venir aquí!

—¿Me lo dijiste tú a mí, acaso?

Corrían por el sendero hacia la salida mientras se increpaban mutuamente. No se molestaban en disparar contra los negros, pues no valía la pena, ya que eran mucho más rápidos que ellos, y sabían que nunca los alcanzarían.

Pero se llevaron una gran sorpresa…, y no agradable, por cierto.

De repente, en el sendero aparecieron seis o siete mujeres, y Scarlett las identificó inmediatamente como algunas de las bellas jóvenes que por la mañana había visto riendo, nadando, jugando con pelotas de colores… Ahora no reían, ni parecían tener ganas de juegos, ni de broma alguna. Se movían velozmente, casi todas ellas descalzas y desnudas, y formaron un arco que cortaba el camino hacia la salida. No llevaban arma alguna, y fue Scarlett la que comprendió enseguida lo que esto significaba: los querían vivos, pero no les importaba romperles algunos huesos…, y aquellas jovencitas tan encantadoras de día se habían convertida en panteras de noche.

—Cuidado —jadeó—… ¡Son karatekas! ¡Dispárales!

—¡Qué karatekas ni qué…!

La exclamación de De Witt se convirtió en un cómico respingo cuando a la vez la media docena de hermosas jóvenes saltaron hacia ellos, elevándose como si realmente fueran a volar. Scarlett disparó, y una de las muchachas gritó y rodó por el suelo desarticulada. Otra pasó rozando con un escalofriante patadón la cabeza de Scarlett, y la tercera le habría partido la cabeza de un taconazo si Scarlett no hubiera desviado el golpe con un antebrazo…, al tiempo que con la pistolita golpeaba rabiosamente entre las ingles a la muchacha, que lanzó un berrido tremolante y cayó al suelo, donde quedó aullando y retorciéndose de dolor.

Mientras tanto, De Witt había conseguido esquivar el ataque aéreo de dos de sus agresoras, pero no de la tercera, que lo sentó en el suelo de un patadón en el pecho que hizo crujir sus costillas y lo dejó sin resuello. Los desorbitados ojos del agente británico miraron a la muchacha que le había golpeado, y luego a Scarlett, que se acercaba a él.

—¡Pero qué… mala leche… tenéis las mujeres…!

—¡No seas estúpido! ¡Tenemos que…!

Scarlett Flowers sintió de pronto un leve pinchazo en la espalda, respingó, y se volvió velozmente, estirando el brazo armado… Eso fue todo lo que pudo hacer. La cabeza le dio vueltas, sintió de pronto una dulce y total laxitud, y rodó por el suelo.

—¡Scarlett! —aulló De Witt, poniéndose en pie de un salto—. ¡Maldita sea, ahora vais a ver…!

Enmudeció bruscamente, atónito ante la aparición de aquel espantapájaros… o lo que fuese.

Solamente pudo verlo una fracción de segundo: un negro altísimo, semidesnudo, con un penacho de plumas o paja en la cabeza, y haciendo extrañas cabriolas y lanzando exorcismos o algo parecido. En el mismo instante en que aquella imagen le sugería a De Witt Mason la palabra «brujo», sintió el pinchazo en el centro del pecho. Retrocedió un paso, se miró el pecho, en el cual no vio nada, y cuando quiso volver a mirar al espantapájaros o a las hermosas muchachas desnudas tuvo la sensación de que la cabeza le daba mil vueltas y salía disparada hacia algún lugar donde todo era tranquilo y relajado.

Eso fue todo.

* * *

Abrió los ojos, y su primera sensación le llegó por el olfato; percibió un extraño y lejano olor como a agrio…, o como a viejo. Era un olor extraño, que sugería decrepitud, decadencia.

Se quedó mirando el techo, pintado de color ocre. Es decir, debía de ser un techo. Él se sentía en posición horizontal, y estaba vientre arriba, de modo que, lógicamente, estaba viendo un techo. Un techo pintado de color ocre. Muy bien.

Volvió la cabeza hacia un lado, y vio a Scarlett. Estaba tendida en una camilla, completamente desnuda, y al parecer dormía profundamente. Tan profundamente como sin duda había dormido él mismo. Recordó que había estado luchando en el sendero y que de pronto se había dormido, tras sentir un pinchazo en el pecho.

Sus dudas se disiparon: tanto a él como a Scarlett les habían disparado un dardo que les había inyectado narcótico fulminante. Igual que se hace en los zoológicos y en las reservas de animales cuando tienen que anestesiarlos…

Estaba en un cuarto pintado completamente de ocre. Era un color al que nunca había prestado atención, pero que ahora se le antojaba sedante. Ni se dio cuenta de que volvía a dormirse, esta vez sin artificio alguno.

Cuando despertó de nuevo recordó en el acto su situación, y miró a Scarlett. Ella le estaba mirando, y frunció el ceño como enfadada.

—Vaya, por fin despiertas… ¡Eres el espía más dormilón que he conocido en mi vida!

—Más dormilona eres tú —aseguró De Witt—. Yo desperté antes, pero me volví a dormir.

—¿Sabes dónde estamos?

—Ni idea.

—¿Has visto a alguien?

—No. ¿Tú viste al brujo?

—¿Qué brujo?

De Witt Mason explicó a Scarlett la visión que tuvo antes de dormirse, la del negro altísimo haciendo cabriolas. Prácticamente, Scarlett ni siquiera le dejó terminar:

—Todo eso son tonterías —aseguró.

—Me sorprende que eso lo digas tú, que como negra que eres deberías creer en el vudú.

—¿Tú crees que existe Papá Noel?

—Mujer, claro que no.

—Pues lo mismo creo yo en el vudú. El vudú sólo existe cuando alguien quiere creer que existe el vudú. ¿Me explico?

—Yo diría que sí —sonrió el británico—. Oye, estás guapísima.

—Te advierto que tú también estás desnudo.

—O sea, que sería el momento ideal para echar un polvo si no fuera porque estamos atados a estas camillas.

—¿Has pensado ya los versos?

—Todavía no.

—Entonces, olvídalo.

—¿Lo de los versos era en serio?

—Claro.

—De acuerdo.

Ninguno de los dos intentó siquiera soltarse de las abrazaderas que los sujetaban a la camilla. Sabían que sólo conseguirían lastimarse. Aquel lugar no era, ni mucho menos, improvisado, sino bien preparado para llevar gente; mucha gente que sin duda había pasado antes que ellos dos por el mismo proceso.

—Tengo el presentimiento —murmuró De Witt— que están tramando jugar con nosotros a muertos y vivos. ¿Oíste aquella voz, la que decía que por muchos negros que yo matase habría más, pues él los recuperaría?

—Sí. Y te diré otra cosa: si no hubieras aparecido haciendo más ruido que un elefante en celo yo habría conseguido algo esta noche.

—De ninguna manera. Tienen una vigilancia muy bien montada, y estoy seguro de que sólo habrías llegado hasta donde ellos hubieran querido. Es más: juraría que nos estaban esperando.

A su pesar Scarlett asintió. Y ello por una razón: De Witt Mason no había llegado «como un elefante en celo», sino sigilosamente. Pese a lo cual, le habían descubierto; es decir, le habían dejado que se fuese metiendo en la trampa…, que era lo que seguramente habían estado haciendo con ella.

Llevaban silenciosos quizá media hora, cada cual haciendo sus cábalas, cuando oyeron un sonido en una de las paredes, hacia la cual miraron a la vez. La disimulada puerta se abrió, y entraron tres

personajes a cuál más interesante. Uno de ellos era Lin Fuah. Otro, el negro altísimo, semidesnudo, que llevaba ahora pintado el rostro con líneas blancas y rojas, y en la rapada cabeza el extraordinario plumero, que se agitaba como un campo de mies al viento. Junto al «brujo» había una mujer de raza negra, gordísima y también muy alta, ataviada únicamente con una falda de tela con muchos colorines y un pañuelo blanco en la cabeza. Sus enormes pechos desnudos se bambolearon cuando se acercó a los prisioneros, que por instinto miraron a Lin Fuah, convencidos de que él era quien mandaba allí.

—¿Cómo se encuentran? —preguntó amablemente el chino.

—¿Qué demonios está usted tramando? —Gruñó De Witt.

—Señor Mason, un británico debería ser más educado, ¿no le parece?

—De acuerdo —aceptó De Witt—. Me encuentro bien, gracias. ¿Sería tan amable de decirnos qué está usted tramando?

—Hagamos las cosas al revés. Mejor dicho, no al revés, sino al derecho, con lógica. O sea, que seré yo quien pregunte: ¿qué estaban haciendo ustedes en mi laboratorio?

—¿Laboratorio? —exclamó Scarlett—. ¡Nosotros sólo queríamos ver el motel, no hemos entrado en ningún laboratorio!

—Señorita Flowers: todo el motel es mi laboratorio.

—¿Qué clase de laboratorio? ¿Qué está haciendo en él?

—Insisto en que hagamos las cosas con lógica. Ustedes invadieron mi terreno, así que ustedes tendrán que dar explicaciones, no yo. Ambos llevaban encima documentación de periodista. ¿Eso es cierto?

—Claro. Y si quiere saber por qué estamos aquí se lo voy a decir: es por lo de Jefferson Carson y Glenn Rush, el periodista.

—Sí, me lo temía —suspiró Lin Fuah—. No sé cómo pudo ocurrir, pero lo cierto es que el periodista Rush consiguió unas fotografías que no estaban previstas. Aunque ni él mismo se dio cuenta de eso, estoy seguro. Se le permitió la entrada al motel, para que preparara uno de sus reportajes turísticos, pero nos cuidamos muy bien de quitarle de delante cosas que pudieran llamar la atención especial de alguien. Sin embargo, Glenn Rush consiguió aquella foto en la que aparecía el profesor Carson… Fue un fallo nuestro. Cuando Glenn Rush se marchó de aquí, le seguimos, y

decidimos esperar a la noche para arrebatarle las fotografías… Otro error, que ahora estamos pagando caro, pues seguramente tendré que desalojar este lugar e instalar mi laboratorio lejos de aquí. Como sea, lo cierto es que cuando fuimos aquella noche a por las fotografías, tras estropear el coche del periodista Rush, éste ya había enviado las fotos y el reportaje. Quisimos entonces matarlo, él escapó…, y se mató con el coche, debido, precisamente, a la avería que le habíamos preparado. Pero las fotografías aparecieron, y claro está, alguien tenía que darse cuenta de que en ellas aparecía el profesor Jefferson Carson. Por ejemplo, ustedes… ¿Saben de alguien más que se haya dado cuenta de esto?

—No —mintió Scarlett.

—Y en cuanto a ustedes, ¿le dijeron a alguien que venían hacia el Poblado Motel para investigar tan sorprendente hecho?

—Claro —aseguró Scarlett.

—Por supuesto —se mostró igualmente firme De Witt.

Lin Fuah sonrió amablemente.

—Pues yo creo que no. Los periodistas no suelen informar a sus colegas de la posibilidad de conseguir artículos o reportajes sensacionales. Porque sería sensacional el que publicarían ustedes si pudieran salir con vida de aquí, ¿no les parece?

—¿Eso quiere decir que piensa matarnos? —murmuró Scarlett.

—Pues… sí y no. No sé si me comprenden.

—No muy bien.

—Digamos que ustedes van a… disfrutar de la misma vida que está disfrutando el profesor Carson y muchas otras personas que fueron recuperadas por la ciencia del Vudú. A propósito: ¿conocían ustedes a Wilder y Ophelia? —señaló a los dos negros—. Ellos son los grandes brujos del vudú que les regresarán a la vida después de que yo los haya matado.

—No diga idioteces —masculló De Witt—. Estos dos fantoches no van a resucitar nada, ni han resucitado a nadie nunca. Y no me venga con cuentos de zombies ni memeces parecidas.

El brujo Wilder hizo de pronto un movimiento brusco, espasmódico, señaló acto seguido a De Witt con un dedo huesudo y como retorcido, y comenzó a bailar en silencio, alzando mucho los pies. Junto a él, la bruja Ophelia comenzó a moverse también como siguiendo un ritmo interior, murmurando extraños sortilegios,

cerrados los ojos y pasándose las manos por los enormes pechos. Wilder giraba y giraba velozmente, agitando los brazos y su penacho de paja, efectuando violentas torsiones de cuello y mostrando los ojos en blanco.

—Me parece —susurró Lin Fuah— que han hecho enfadar a Wilder y a Ophelia. Pero no teman: puesto que han de morir, no les sucederá nada malo. Quiero decir nada más malo que morir. Y a fin de cuentas, morir no tiene importancia —la sonrisa del chino reapareció, amable pero cada vez con un más claro matiz fanático—…, sobre todo cuando poco después se va a resucitar.

Ni Scarlett ni De Witt dijeron nada. Miraron a Wilder y a Ophelia, de nuevo a Lin Fuah… El paroxismo de los dos brujos negros iba aumentando, hasta el punto de que comenzó a aparecer espuma por la boca de Wilder, que seguía bailando al son de su música interior de tambores. Ophelia hablaba cada vez más deprisa, y ahora estaba acariciándose con gestos lúbricos los gruesos pezones; los senos parecían habérsele hinchado, endurecido, y la negra emitía jadeos de placer sexual.

El espectáculo era fascinante e inquietante, y parecía que no fuese a terminar nunca, que cada vez la crispación de los dos brujos fuese mayor, aumentando sin cesar…

De repente, Wilder se detuvo en seco, con los brazos tendidos hacia delante, apuntando cada uno a un prisionero. Sus dedos se extendían como garras, y la espuma se deslizaba por la barbilla hacia el cuello y el pecho.

—Volveréis conmigo —dijo, con voz que pareció brotar de una gruta habitada por la Muerte.

Y en un instante él y Ophelia abandonaron el cuarto, en el que quedó un silencio denso y extraño, tenso. De pronto, Scarlett aspiró hondo, y acto seguido dijo:

—Fin del primer acto.

—Yo aplaudiría si tuviera las manos libres —dijo De Witt.

—Ignoro qué clase de relación o de casualidad los une a ustedes uno con otro —dijo Lin Fuah—, pero el hecho cierto es que son dos sujetos muy interesantes, con gran personalidad…, lo cual me interesa muchísimo, pues no siempre tengo ocasión de tratar sujetos de su categoría. A decir verdad me siento muy satisfecho cuando puedo disponer de alguien de la talla del profesor Carson, o de

ustedes dos, pues generalmente he estado trabajando con negros cuyo nivel mental y cultural no puede decirse que fuese admirable…

—¿En qué quedamos? —le interrumpió Scarlett—. ¿Es usted quien trabaja con las víctimas, o son Wilder y Ophelia?

—Oh, bueno, ellos forman parte de mis planes. Yo les dejo creer que son ellos, con su vudú, los que resucitan a los muertos cuyos cadáveres robamos por ahí, en diversos cementerios… Por ejemplo, si ustedes fuesen a la tumba del profesor Carson comprobarían que su cadáver no está en ella. Y es lógico, ya que nosotros lo robamos para volverlo a la vida… Pero no con vudú, claro que no, sino con la Ciencia.

—De manera que por fin habla usted en serio —susurró De Witt.

—Naturalmente, señor Mason. Lo del vudú es como un juego, para que mis sujetos se sientan confortados. En realidad, todos creen que si han resucitado ha sido gracias al vudú, pero no es así. No saben que soy yo quien está experimentando con ellos. Digamos que… permito que mis pacientes se diviertan con su folclore mientras yo laboro en silencio con mi Ciencia. ¿Y saben ustedes con qué objeto?

—No, no lo sabemos.

—Señor Mason, antes del año dos mil habrá en el mundo una hecatombe nuclear. Eso es absolutamente inevitable, dada la línea política y belicista que siguen todos los países del mundo. Morirá muchísima gente, algunos desintegrados totalmente, y otros digamos que… en mejor estado de conservación física. Estos cadáveres cuya causa de muerte no haya estropeado sus cuerpos serán vueltos a la vida por mí. Pero, claro está —de nuevo apareció la sonrisa de Lin Fuah—, no a todos los muertos los volveré a la vida, sino solamente a los de raza china. ¿Comprende usted, señor Mason? ¿Comprende, señorita Flowers?

—Me temo que sí comprendemos —murmuró Scarlett.

—Sí, estoy seguro de que comprenden… El mundo quedará muy despoblado, y tardará muchos años en volver a tener una población digamos normal en sus diferentes continentes y países. Pero China no. China se recuperará enseguida… En menos de un año, yo y mis ayudantes habremos recuperado para China millones y millones de chinos muertos no sólo en la propia China, sino en todas partes del

mundo, porque… ¿sabía usted, señorita Scarlett, que hay chinos en todas partes del mundo?

—Sí, lo sé.

—¿Se da cuenta? Y mientras todos los países estarán necesitando personal de todas clases, China dispondrá de él prácticamente en el acto. Digamos que, más que nunca, la diferencia entre la población mundial y la china será muy significativa. Por ejemplo, quizás en Estados Unidos queden vivos diez millones de norteamericanos. ¿Sabe cuántos chinos tendría China un año después de la hecatombe?

—¿Cuántos?

—Hemos calculado que no menos de quinientos millones, bien entendido que, de éstos, más de cuatrocientos serían chinos… recuperados. Pero ¿qué importaría eso? Serían chinos, ¿no es así? Y ahora, señorita Flowers, señor Mason… ¿qué creen que ocurrirá a partir de ese momento?

—¿Que China se convertirá en dueña y señora del planeta Tierra? —sugirió Scarlett Flowers.

—Es usted sumamente inteligente, de veras —elogió Lin Fuah—. Casi siento tener que matarla. Pero no se preocupe, pues pronto la regresaré a la vida. Su nueva vida. La vida que Lin Fuah le habrá dado.

—Mi opinión definitiva, después de haberle escuchado con infinita paciencia —dijo De Witt Mason—, es que usted está más loco que una cabra.

—¿Eso piensa, señor Mason? Bueno, ya verá como muy pronto habrá cambiado de opinión. Primero, los voy a matar.

Lin Fuah sacó de un bolsillo una alargada cajita metálica, de la que extrajo dos jeringuillas y agujas. Lo preparó todo, y de un frasquito absorbió líquido con ambas jeringuillas. De Witt y Scarlett le contemplaban con expresión alucinada.

—No teman —dijo Lin Fuah de pronto—, este líquido también es invención mía. Provoca la muerte, pero no permite que sufran daño los órganos vitales del cuerpo. Simplemente, ustedes van a morir dulcemente…, y tal vez mañana los volveré a la vida. Descansen en paz.

Se colocó junto a De Witt, que hizo un gesto instintivo de rechazo, y acto seguido dio un tirón intentando romper las

abrazaderas metálicas que lo sujetaban, lo cual era por supuesto imposible.

Con ojos desorbitados, vio cómo el impasible chino clavaba la aguja en su brazo, inyectándole el líquido que contenía la jeringuilla. De Witt Mason ni siquiera respingó. Se quedó quieto y relajado. Scarlett le miraba en silencio, tensa.

Su mirada se desvió como un relámpago hacia Lin Fuah cuando éste se colocó a su lado, diciendo:

—El señor Mason ya está muerto. Ahora usted, señorita Flowers.

—Usted no es más que un fantoche —jadeó Scarlett.

Lin Fuah sonrió una vez más, clavó la aguja en el brazo de Scarlett, y le inyectó el líquido mortal.

Scarlett Flowers murió.

Capítulo VI

Le pareció maravilloso volver a la vida.

Aunque inicialmente ni siquiera pensó en esto, no pensó en que había estado muerta. No pensó en nada, salvo en lo hermoso que era aquel sol radiante, aquel aroma de flores, aquel cielo de un azul refulgente y diáfano.

Entonces, al poco, recordó que había estado muerta, y fue cuando la vida le pareció absoluta e inmensamente maravillosa.

Pero… ¿realmente había estado muerta?

Cerró los ojos, y forzó la memoria para recordar. Sentía el sol penetrando deliciosamente en su piel, se sentía físicamente bien, pero no conseguía recordar sus últimos momentos de vida…, o de muerte, que no sabía. De un modo vago recordó, con súbito sobresalto, una negrura infinita en la cual parecía flotar sin sentir nada.

Flotar sin sentir nada.

Ella había estado muchas veces inconsciente, o sometida a diversos tipos de *shocks*, y tenía recuerdos de situaciones físicas y mentales realmente peculiares…, pero no recordaba haber estado nunca en una negrura infinita, de grandiosa calma, donde ella, simplemente flotaba sin sentir nada. No era ese estado de inconsciencia producido por un *shock* y durante el cual se permanece en un estado neutro, de no existencia, sin vivencias de ninguna clase. No, no había sido esto, porque de estos estados no quedaba recuerdo alguno, de este tipo de inconsciencias sólo quedaba la sensación de un tiempo en blanco, de un tiempo perdido, de un tiempo que no había existido para el cuerpo ni para la mente.

Sin embargo, esta vez sí recordaba la zona de negrura, y se recordaba a sí misma contemplando esa zona increíble, incluso mágica, pues siendo negra se podía ver en ella perfectamente,

porque había un resplandor negro que proporcionaba aquella visibilidad suave y perfecta. Era una zona a la que no le importaría volver, una zona desconocida.

¿Realmente era así la Muerte, realmente ella había estado muerta?

Abrió los ojos, parpadeó al recibir de lleno la luz del sol, y con un esfuerzo que le pareció tremendo abandonó la posición de tendida para adoptar la de sentada. Estaba sentada sobre verde y tierna hierba. Oía rumores a su alrededor.

—Scar… lett… —Oyó.

Volvió la cabeza, le pareció que iba a perder el mundo de vista, y la visión se enturbió. Pero enseguida se clarificó. Entonces vio a un hombre rubio y muy alto, de pie cerca de ella, mirándola con ojos que parecían de pescado muerto, y que le recordó algo o alguien.

Él caminó hacia ella, tambaleándose, lento y pesado. Su mandíbula inferior colgaba flojamente, y por un lado de la boca se deslizaba un hilo de baba. Por un instante, Scarlett sintió repugnancia. Luego, de alguna remota parte de su cerebro le llegó una sugerencia, y ella se pasó una mano por la barbilla, notando allí la abundante baba. Tuvo la lejana y estremecedora certidumbre de que también ella tenía ojos de pez muerto, y quiso ponerse en pie para ir a alguna parte a mirárselos, a comprobarlo…

Cuando volvió a recuperar la visión estaba de nuevo tendida sobre la hierba. Supo que se había mareado, que se había desvanecido o algo así… Junto a ella, acuclillado, estaba el rubio alto y baboso, contemplándola con sus horrendos ojos saltones de pez muerto.

—¿Estás… bien, Sc-Scarlett…?

—¿Qui-quién… eres… tú…?

—Soy De… De… W-Witt M-M-Mason…, el… el espía… británico. ¿No me… no me… no me re… re… recuer… recuerdas…?

Scarlett movió negativamente la cabeza. Es decir, sabía que conocía a aquel ser, pero no lo recordaba. Era curioso. Además, quería recordar cosas y no lo conseguía. Era como si delante de su mente hubiera una densa cortina impenetrable.

—Te… te ayudaré… a… po-ponerte… en pie…

Sintió una mano en su brazo, pero no experimentó sensación alguna. Lejanamente recordaba que los contactos podían ser agradables o desagradables pero éste no era ni una cosa ni otra; era un contacto, y nada más. El tal De Witt Mason estaba desnudo, y ella también. Había pinos alrededor de ellos, y se oía el rumor de agua deslizándose. Un río. Ah, un río, sí recordaba algo de un río…

—¿Cómo has… has estado en… en la M-M-Muerte…?

Scarlett sintió cómo un chorro de su propia baba caía sobre uno de sus desnudos senos, y se miró, atónita. Le parecía que las piernas se le iban a doblar de un momento a otro.

—Bien —se oyó a sí misma contestar—… Muy… bien…

—Sí, se… se está… muy b-b-bien…

Se quedaron los dos inmóviles, él todavía sosteniéndola de un brazo. Scarlett no sentía nada ahora. No tenía fuerzas para caminar, para moverse en modo alguno. A su lado, el altísimo rubio parecía ahora petrificado. Aparecieron dos negros, tan desnudos como ellos, caminando con cierta torpeza y riendo como… como si fuesen gallinas, o algo así. Luego apareció una pareja los dos muy jóvenes, y también desnudos. Ella era muy bonita, delgada, flexible; él era atlético. Caminaban como si tuviesen plomo en las piernas, pero no fue eso lo que les impulsó a tenderse sobre la hierba, sino el deseo de hacer el amor. Scarlett y De Witt asistieron al acto sexual, sin moverse, sin conseguir reaccionar. La pareja tuvo tiempo de tomarse su placer, se dieron unos besos, y desaparecieron. Scarlett y De Witt seguían allí de pie. El día era espléndido. De sus bocas continuaba brotando baba que manchaba sus pechos y caía al suelo… El día se convirtió en tarde. Llegó la noche, y allá seguían los dos, quietos, esperando absolutamente nada.

Finalmente, aparecieron dos hermosas jóvenes negras, que los tomaron de un brazo a cada uno y los condujeron hacia una cabaña, en la cual entraron. Había una trampilla en el suelo, que fue alzada, dejando al descubierto un largo tramo de escalones, por el cual descendieron. Abajo había un largo pasillo, al que daban muchas puertas. Había negros por todas partes, algunos sonrientes, otros como muertos puestos de pie, con los ojos de pescado muerto…

De Witt se inclinó hacia el oído de Scarlett, y susurró:

—Son… resucitados, co-como… nosotros…

Scarlett tuvo la sensación de que una garra poderosa rasgaba la

densa cortina impenetrable, permitiendo la entrada de un poco de luz. Fue introducida en un cuarto, oyó cerrarse una puerta. En alguna parte encontró un espejo, al cual se miró. Es decir, estuvo mirando aquel ser de ojos de pez muerto que a su vez la contemplaba a ella. Se estremeció al ver a aquella negra de ojos de pescado muerto, porque se parecía mucho a ella. En alguna parte oyó una voz cariñosa que le decía que tenía que comer, y al poco ella estaba comiendo. No sabía qué comía, pero comía. Luego le dijeron que debía descansar, que al día siguiente se encontraría mejor, y le pareció muy bien. Lo que no quería era ver aquellos ojos de pez muerto. Todo estaba bien. Regresó a un extraño mundo de negrura, pero no era aquella negrura luminosa, sino simplemente una negrura donde no había nada que valiera la pena… Le pareció que estaba dormida cuando oyó unos cuantos estampidos. La palabra pistola acudió a su mente. Oyó gritos, más disparos… Ah, sí, eso era, disparos… Alguien estaba disparando una pistola.

Bien.

Se durmió, y tuvo sueños incesantes. Extraños sueños en los que se mezclaban cosas realmente extraordinarias, como por ejemplo, que a ella la iban a tirar dentro de un volcán en erupción, o que ella estaba haciendo el amor apasionadamente con un hombre de ojos negros y cabellos color cobre, o que bebía mil botellas de champán una tras otra, o que un grupo de chinos la estaban violando en un barco de carga, allá por el Mar de la China… Mezcladas con estos sueños veloces aparecían chispas de luz de diversos colores, y sonidos que eran como crujidos siniestros.

Hubo por fin un período de calma, y entonces despertó.

Ella estaba tendida, y de pie a su lado estaba el rubio alto de los ojos de pez muerto, pero ahora los tenía mejor; parecían de pez, pero no muerto. Scarlett sonrió, y dijo:

—Hoy tienes mejor aspecto, De Witt.

—Tú también. Anoche hubo follón: creo que cazaron al ruso.

Scarlett quedó pensativa unos segundos, y luego asintió. Recordó los disparos y los gritos. El ruso. Claro, el espía ruso que habían capturado ella y De Witt Mason.

—¿Quieres decir que él vino aquí? —preguntó.

—Evidentemente. Por fin consiguió soltarse, y vino a echar un vistazo al motel. Era lógico. Lástima que…

De Witt titubeó.

Luego pareció talmente como un robot que se quedara sin pilas: permaneció en silencio, inmóvil, con gesto bobalicón, los ojos como congelados, la barbilla colgante; por suerte, ya no babeaba. Scarlett se sentó en el lecho. Sentía que coordinaba bien, pero todo se iba dificultando; era como si toda ella se fuese congelando lentamente y por tanto fuese llegando la inmovilidad, el silencio.

Como metidos dentro de una extraña viñeta de algodón oscuro vio a Wilder y Ophelia entrando en la habitación. Los dos brujos se acercaron a ella y a De Witt, los palparon, murmuraron palabras y profirieron extraños alaridos y sonidos guturales, poniéndose a bailar acto seguido. La visión de Scarlett se iba espesando más y más. Los pechos enormes y macizos de la bruja del vudú llamada Ophelia brincaban poderosamente. Scarlett creyó oír sonido de tambores.

De repente, quedó dormida.

Y también de repente se encontró despierta, y oyó la voz que le decía:

—Camine deprisa: tenemos que escapar de aquí cuanto antes.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—El motel está siendo rodeado por hombres del servicio secreto ruso, británico y de la CIA. ¿No decía usted que es canadiense?

—¿Yo? Yo no he dicho nada…

Oyó la risa burlona, y enseguida:

—¡Ya lo creo que ha dicho cosas! ¡Muchas más de las que usted se figura! Pero ya hablaremos de eso… Ahora tenemos que escapar. Vamos, camine deprisa.

Veía las cosas con bastante más claridad. Salió al pasillo. Allá estaba De Witt Mason, que la tomó de un brazo. Le sorprendió verlo vestido, y se dio cuenta de que también ella lo estaba. De Witt dijo:

—Estoy mejorando en mi nueva vida: he empezado unos versos…

—Por favor, señor Mason, no ocasione dificultades: camine.

Scarlett vio entonces el rostro del hombre que siempre insistía en que caminasen. Era un chino, pero no era Lin Fuah… Ah, sí, eso era: Lin Fuah. ¿Dónde estaba Lin Fuah?

—¿Dónde está Lin Fuah? —preguntó.

—Vamos a reunimos con él ahora —replicó el chino

desconocido.

Apareció otro chino en el campo visual de Scarlett. El pasillo estaba lleno de gente, toda de raza negra, que salía de habitaciones y caminaba hacia el tramo de escalones, ascendiendo por éstos rápidamente. Es decir, que abandonaban el lugar. Los rusos. Los británicos. La CIA. Claro, finalmente habían decidido tomar por asalto, o quizá de algún modo subrepticio, el lugar donde habían desaparecido ellos tres: De Witt, ella misma, y el ruso Boris… Ajá, otro recuerdo: Boris. Aunque no debía de llamarse Boris, claro.

Arriba, en la cabaña donde estaba la trampilla, se hallaba Lin Fuah, dando instrucciones:

—Puesto que todas las personas que hay en este motel son cómplices nuestros que han estado actuando como pantalla, todos deberán marcharse. Los tres camiones están esperando. En uno de ellos viajarán los «recuperados», en otro los clientes de pantalla, y en otro nosotros. Ping, los tres espías vendrán con nosotros, pues quiero seguir experimentando con ellos.

—Entendido.

En alguna parte de su mente Scarlett sentía que debía rebelarse, pero no acababa de saber contra qué o contra quién. En la explanada cerca de la piscina había tres camiones, a dos de los cuales estaban subiendo gran cantidad de negros…

—Tal vez deberíamos aprovechar la oportunidad de escapar ahora —le susurró al oído De Witt Mason.

—De escapar… ¿de qué y adónde?

—No sé. Se me ha ocurrido.

Era de noche, y la iluminación del motel era la mínima; pero los dos se miraron en aquella oscuridad lívida. En sus mentes se iba haciendo la luz, se iban disipando las tinieblas.

—Suban, pronto.

Se encontraron ante la parte trasera de un camión. Se miraron, volvieron la cabeza, y vieron a dos chinos que les apuntaban con sendas pistolas. Más allá, algunos negros se habían detenido y les contemplaban ceñudamente. Scarlett y De Witt subieron al camión. Detrás de ellos llegaron corriendo Wilder y Ophelia, en verdad sorprendentes por su persistencia, danzando y expresando sortilegios de toda clase. Subieron al camión tras ellos, pero De Witt y Scarlett no les hicieron caso, porque acababan de ver el cuerpo

humano tendido en el piso del camión, y ambos se interesaron por él.

Era el ruso Boris.

Y estaba muerto.

Tanto Scarlett como De Witt examinaron el cuerpo de Boris, buscando en vano un latido, un aliento, el más insignificante soplo de vida, pero no lo hallaron. Boris estaba muerto, eso era todo. Wilder y Ophelia debían de saberlo, porque lanzaban sus sortilegios de vudú exhortándole para que volviera a la vida…

—Callaros ya, mamarrachos —masculló De Witt.

Afuera ya no quedaba nadie visible. Todas las personas que hasta entonces habían estado cumpliendo su papel de comparsa en el Poblado Motel habían subido a los camiones, que se veían cerrados, esperando. Llegaron Lin Fuah y los otros dos chinos, subieron al camión de los espías, y cerraron la compuerta de atrás, en la que quedó una ventanilla de cristal, por la cual se quedaron mirando los chinos. El camión arrancó.

Y de pronto fue sacudido por una tremenda explosión, y casi simultáneamente, por otra. Scarlett y De Witt se abalanzaron hacia la ventanilla por la cual estaban mirando los chinos, y Lin Fuah, riendo, les cedió su sitio, diciendo:

—Comprenderán que no podíamos llevar con nosotros a tanta gente. Además, ahora han dejado de ser útiles.

De Witt y Scarlett oían sus palabras, pero sólo veían los dos incendios sin duda incrementados con napalm, en que se habían convertido los dos camiones cargados de negros. Eran dos enormes incendios en los que se estaban consumiendo en total quizás un centenar de personas… que jamás volverían a la vida.

El cielo se teñía de rojo como si jamás pudiera volver a ser de otro color, como si jamás hubiera sido de otro color que no fuese aquel rojo de incendio asesino.

De Witt masculló una maldición, y se volvió agresivamente hacia los chinos, alzando un puño. Para sorpresa de Scarlett, y todavía más del propio De Witt, Lin Fuah le empujó fácilmente contra la compuerta, y cuando De Witt intentó de nuevo atacarlo, lo asió por un brazo, lo hizo girar, y lo derribó fácilmente al suelo, como si fuese un niño. Uno de los chinos cerró la pequeña compuerta que ocultaba la ventanilla de cristal, y se oyó un sonido

metálico revelador: aquel camión sí estaba destinado a escapar, y para ello había sido blindado especialmente. Era muy poco probable que los espías que esperaban alrededor del motel tuvieran la menor oportunidad de detenerlo…

Pero de momento, Scarlett pensaba en De Witt y en la acción criminal de Lin Fuah, y ella también intentó agredirle. A ella no iban a tratarla como al pobre De Witt, que debía de estar débil…

El propio Lin Fuah la derribó fácilmente con una bofetada que ni siquiera habría afectado a Scarlett Flowers en condiciones normales. La bella negra quedó tendida en el piso del camión junto a De Witt, que no salía de su estupor por haber sido derribado tan fácilmente por un chino menudo y casi enclenque.

—No molesten —les amenazó con un dedo Lin Fuah—… Tenemos cosas más serias en que ocuparnos.

Dentro de la caja del camión se había encendido una luz roja de emergencia, y se veían unos a otros como figuras de infierno. Los tres chinos resultaban verdaderamente fantasmales. Scarlett estaba guapísima, y Ophelia y Wilder estaban ahora quietos, silenciosos, amedrentados.

Hubo como un repiqueteo en uno de los lados del camión, se oyeron disparos, rechinar de neumáticos, el estallido de dos granadas… Lin Fuah comenzó a reír.

—Estaría bueno que me impidieran escapar —dijo—, con el tiempo que lleva preparando esta fuga, que sabía era inevitable. Porque lo de utilizar el motel como tapadera no podía durar siempre, ¿verdad?, y bien tenía yo que pensar en la retirada… ¡Esos pobres ilusos creen que se las están viendo con un tonto!

Pero, evidentemente, Lin Fuah no era tonto, porque enseguida cesó toda manifestación de violencia en el camión, que circulaba a buena velocidad.

—Los hemos dejado aturdidos y espero que con algunos muertos —rió de nuevo Lin Fuah—, pero se reorganizarán pronto y nos perseguirán…, cosa que, naturalmente, también estaba prevista.

El camión circulaba ahora a mucha velocidad. No había sido tampoco casual que Lin Fuah eligiera un paraje como Russellville para instalar su laboratorio. Era un lugar poco frecuentado, con muchas carreteras, lejos de cualquier población de muchos habitantes… Debía de tener, por supuesto, trazada una ruta de fuga.

De pronto, el camión comenzó a frenar, y en pocos segundos quedaba detenido. Las compuertas de atrás fueron abiertas, y la luz roja se esparció en la oscuridad del exterior, produciendo la sensación de que incendiaba árboles…

—Venga, abajo —ordenó Lin Fuah—. Wilder, Ophelia, vosotros cargad con el ruso.

De Witt y Ophelia saltaron del camión, confiados en su fuerza y agilidad normales, y ambos rodaron por el suelo, ocasionando la hilaridad de los tres chinos. Cuando se pusieron en pie, doloridos, desconcertados y hasta humillados, el conductor del camión aparecía en la zona de atrás. Era un negro alto y atlético, que llegó sonriendo muy satisfecho y diciendo:

—Conseguimos pasar como…

Plop, plop, plop, disparó su pistola el chino llamado Ping, clavando las tres balas en el pecho del negro. Éste retrocedió a cada balazo recibido, terminó por dar el tropezón definitivo, y cayó de espaldas, con los ojos tan abiertos y saltones que parecían a punto de ponerse a flotar, como pequeñas esferas de vidrio.

En alguna parte cerca de ellos comenzó a producirse un sonido fuerte, poderoso y rápido que Scarlett y De Witt identificaron rápidamente pese a sus mermadas facultades: un helicóptero.

Era cierto: Lin Fuah había estado preparando hacía tiempo la fuga y al parecer lo había previsto todo.

Tres minutos más tarde el helicóptero se elevaba con su carga. En tierra firme quedaba abandonado el camión y el negro, cerca de un bosquecillo al que se llegaba por un camino que nacía en la carretera estatal 7.

—No me importa —dijo Lin Fuah, mirando con ojos relucientes a sus prisioneros—… En realidad, mis experimentos ya habían terminado, sé que todo es un éxito completo, y todo lo que tengo que hacer es ir al lugar desde donde no tardando mucho seré trasladado a China con todos los honores. Y lo que es más importante: nadie ha conseguido llegar hasta mí para arrebatarme el secreto de mis recuperaciones de seres muertos. ¡Ah, China, China, por fin vas a recibir al más grande de tus hijos…!

—Usted es norteamericano —dijo Scarlett.

Lin Fuah se quedó mirándola atónito. De pronto, estalló en grandes carcajadas, actitud y gozo en los que fue secundado

inmediatamente por sus ayudantes Ping y Tse Ching.

En verdad que era graciosa la espía Scarlett Flowers.

El helicóptero proseguía su vuelo en la noche estrellada.

Estuvieron volando hasta cerca del amanecer. El helicóptero había tomado tierra dos veces para reponer el combustible, eligiendo para ello dos puntos por supuesto ya preparados y discretísimos en los que previamente se habían dejado ocultos los bidones. Por lo tanto, no quedó constancia oficial alguna de su paso.

Era muy poco probable que Lin Fuah pudiera ser rastreado. Y en cuanto a los prisioneros, lo único que sabían, por la posición de las estrellas, era que volaban hacia el oeste.

Y finalmente (cosa que ninguno de los dos comprendería luego, pues estaban acostumbrados ambos a permanecer en vigilia incluso más de setenta y dos horas), cuando por popa comenzaba a divisarse la primera claridad del día, Scarlett y De Witt se durmieron.

Capítulo VII

Despertaron en la misma habitación, rodeados de un silencio impresionante. Había una ventana con rejas, y afuera lucía el sol. De Witt y Scarlett yacían en el mismo lecho, vestidos, como si hubieran sido arrojados allí de cualquier manera.

Permanecieron inmóviles en la cama unos minutos, y por fin De Witt se levantó y fue a mirar por la ventana enrejada. Vio una enorme extensión de viñedos bajo un sol espléndido, cegador. Scarlett se colocó a su lado, y murmuró:

—Tal vez estemos en California.

De Witt la miró inexpresivamente, con la boca entreabierta, los ojos como apagados. Quiso decir algo, pero todo lo que consiguió fue unos tartamudeos. Cerró los ojos, caminó a tientas hasta la cama, y se dejó caer en ella de bruces. Scarlett se quedó mirando por la ventana, como si no tuviera otra cosa que hacer en la vida, lo que, al menos en aquellas circunstancias, era cierto. Finalmente, bastante lejos, vio pasar algunos hombres que le parecieron chinos. Otra media hora más tarde, ahora más cerca, pasaron otros tres hombres en bicicleta, y éstos sí eran chinos, sin duda alguna.

Scarlett regresó a sentarse en el borde de la cama.

—Espero que no nos hayan llevado a China —murmuró—… ¿Me estás oyendo?

De Witt Mason alzó la cabeza como si fuese de plomo, y la miró con expresión turbia; tenía los ojos enrojecidos, casi como bañados en sangre…

—No podré… resistir mucho… esto —jadeó.

Scarlett asintió. Le ayudó a tenderse bien en la cama, y ella se tendió a su lado. Hacía calor allí dentro. Cuanto más pensaba más se convencía Scarlett de que realmente había estado muerta…, o lo que más se pareciera a ello.

No podía creer que hubiera resucitado, pero sí sabía que había

estado muerta.

No comprendía nada.

Una hora más tarde se abrió la puerta del cuarto, y entraron los chinos llamados Ping y Tse Ching, portando comida y bebida. Detrás de ellos entró Lin Fuah, que los miró en silencio y se acercó a examinar a De Witt, que permanecía tendido como indiferente. De Witt abrió los ojos y miró al chino como si fuese el bicho más raro que hubiera visto en su vida. Por su parte, Lin Fuah le examinó los ojos y le auscultó. Luego, hizo lo mismo con la bella Scarlett, que se había quedado contemplándolo como paralizada, como si le faltara energía para reaccionar en modo alguno.

—Deben comer —dijo Lin Fuah—… Deseo que se mantengan en buen estado físico, pues van a venir a China conmigo. Y su amigo ruso también nos acompañará.

—¿Qué? —alentó apenas Scarlett—. ¿Para qué… quiere llevar un cadáver a… a China?

Lin Fuah y los otros dos chinos rieron, y, sin más explicaciones, se disponían a abandonar la habitación cuando entraron en ésta Ophelia y Wilder, ahora sin pinturas en la cara, sin plumas ni atuendos extraños, simplemente vestidos de blanco impoluto, ocultos los macizos pechos de Ophelia bajo una preciosa blusa que parecía de nieve.

—¿Seguimos con éstos? —propuso Wilder, señalando a Scarlett y a De Witt—. El otro ya está.

Lin Fuah se quedó mirándolos con una expresión entre socarrona y perversa. De pronto, sacando su pistola, dijo:

—Ya estoy harto de vuestras tonterías.

Disparó cinco veces, tres contra Wilder y dos contra Ophelia, que no tuvieron tiempo de nada, apenas de sorprenderse por la reacción de su gran «amigo» chino. Fueron empujados violentamente por las balas hacia la puerta, lanzando salpicaduras de sangre a todos lados. Una de las balas alcanzó a Ophelia en un ojo, reventándoselo y produciendo un escalofriante chorro de líquido espeso y amarillento. Otra bala dio a Wilder en un lado de la cabeza, y pareció talmente que se la arrancase y que por allí saliese en insólita explosión el cerebro.

El cuadro que formaron los dos negros al quedar tendidos en el suelo, uno encima de otro y cruzados en el umbral del cuarto, era

sencillamente espeluznante. Lin Fuah miró sonriente a Scarlett y al atónito De Witt.

—Supongo que les sorprende tanta violencia en un hombre de mi cultura, de mi formación, pero es que estaba hasta las narices de este par de cretinos que se creían que realmente eran ellos quienes volvían a la vida a mis pacientes. Y no es así, yo no recupero zombies, sino seres humanos que, poco a poco, van recuperando sus funciones normales. Y si no, juzgue por usted misma, señorita Flowers: ¿cómo se encuentra?

—No sé —murmuró Scarlett—… Creo que bien… No sé…

—Está usted todavía muy menoscabada mental y físicamente, pero dentro de mis previsiones de recuperación. Quien no parece recuperarse demasiado bien es su amigo, pero espero reanimarlo completamente antes de transcurridas cuarenta y ocho horas. Los vamos a dejar solos, mientras tanto. Coman, beban y descansen…, y no se preocupen por nada, pues su destino está ya escrito de modo imborrable.

—¿Por qué… rieron ustedes cuando dije… que usted es norteamericano?

—Porque ningún chino es otra cosa que chino, esté en la parte del mundo que esté. Dentro de unos días emprenderemos el viaje a China, y cuando lleguemos allá y vea cómo nos reciben, comprenderá lo que significa ser chino. Señorita Scarlett: no hay nada en el mundo comparable a China y a ser chino.

—Usted… no es más que un farsante…, un… embaucador…

—¿Eso piensa? Muy bien, espero convencerla enseguida de lo contrario.

Se dirigió en chino a Ping y Tse Ching, los cuales, sonriendo burlonamente, salieron del cuarto. Regresaron apenas un minuto más tarde…, acompañados del espía soviético Boris, al que ayudaban a caminar. De Witt se quedó mirando al ruso como quien ve llover, pero Scarlett lanzó una exclamación de auténtica incredulidad.

—¡No es posible! —rechazó—. ¡Está muerto, yo misma me cercioré de ello!

—Estaba muerto —puntualizó Lin Fuah—. Y me alegro de que usted lo comprobara, porque ahora podrá comprobar que está vivo. Naturalmente, al igual que ustedes, tardará unos cuantos días en

volver a una… relativa normalidad, pero así sucederá. Lamentablemente, ni él ni ustedes dos recuperarán jamás todas sus facultades mentales ni físicas, pero no crean que ya he dado por terminadas mis investigaciones: sigo en ellas, y espero dentro de poco conseguir la recuperación total de las personas que nos interesen de modo especial… El resto, lo que podríamos llamar carne de cañón o tropa de choque para invadir el planeta, servirá si se recuperan al nivel de ustedes, que eso sí lo estoy consiguiendo con toda facilidad. Aquí les dejo con su amigo.

Los tres chinos abandonaron el cuarto, dejando a Boris plantado en el centro como si fuese un ser vegetal. El ruso tenía ojos de pez muerto, y babeaba en abundancia, todo él inspiraba pena y repugnancia…, pero evidentemente estaba vivo. Scarlett estuvo esperando a que cesaran de oírse al otro lado de la puerta las voces de tres chinos desconocidos que habían acudido para retirar los cadáveres de Ophelia y Wilder, y entonces se acercó a Boris y le puso dos dedos en un lado del cuello, captando el lento y denso latido.

—¿Está… está… vivo? —tartajeó De Witt.

—Sí.

—No… puede… ser… Los dos… los comprobamos…

—Los dos comprobamos que estaba muerto, y ahora está vivo. ¡Dios mío, es cierto, no sé cómo puede hacerlo, pero lo hace…!

—Pues la hemos… jorobado, po-porque si los… los chinos que van muriendo, sea… en guerra o de otro modo, él los… los va… recuperando…

—¡Pero esto es espantoso! No puede ser, no podemos permitir que esto siga adelante, se produciría en poco tiempo un desequilibrio demográfico horroroso… ¡Todo nace y todo muere, no podemos permitir que nada rompa ese ciclo, De Witt!

—Pu-pues ca-cariño, como… como no hagas algo tú, yo… yo…

Se quedó como si de nuevo padeciese un cortocircuito. Scarlett corrió hacia él, lo examinó, y se tranquilizó al comprobar su vitalidad. Luego regresó junto a Boris, lo agarró de un brazo, y lo condujo hacia el lecho, acostándolo junto al británico. Se acercó luego a la bandeja con comida que habían dejado los chinos sobre una mesa, la examinó, y sonrió. Ella siempre había sostenido que le encantaba la comida china…

* * *

El chino Lin Fuah respingó fuertemente, dando un salto en la silla, cuando Ping entró precipitadamente en la sala, gritando:

—¡Se ha vuelto blanca!

—¿Qué dices?

—¡La espía negra se ha vuelto blanca!

Durante un par de segundos Lin Fuah se quedó como alucinado. Luego sin decir palabra, se puso en pie, se reunió con Ping, y corrieron ambos por la vieja casa hacia el cuarto donde se hallaban los tres prisioneros. Había tres chinos ante la puerta, además de Tse Ching, que no podía ocultar su excitación. Lin Fuah entró rápidamente en el cuarto de los espías, y respingó al ver a la bellísima mujer blanca de ojos azules que, sentada en el suelo en la posición del loto de yoga, lo contemplaba serenamente, pero inexpresivamente.

—Pero —jadeó Lin Fuah—… ¡No es posible! ¿Qué ha ocurrido? ¡Señorita Flowers, dígame qué ha ocurrido!

—¿Qué? —alentó apenas la bellísima mujer blanca.

—¿Es que no se ha dado cuenta? —aulló Lin Fuah—. ¡Usted ya no es negra, es blanca, y tiene los ojos azules!

Scarlett se quedó mirándolo bobaliconamente. Luego, como quien complace a un niño, alzó un brazo y se lo miró. Se quedó contemplando pasmada su blanca piel; es decir, su piel de indudable raza blanca, pero bronceada en un precioso tono dorado. Por fin, estupefacta, miró a Lin Fuah, que aulló:

—¡Llevadla al estudio! ¡Y pedid inmediatamente por radio un laboratorio móvil del módulo 3…, o mejor, que me busquen un laboratorio como el último en el que estuve trabajando…!

—Lin, no puede ser —recordó Ping—: dentro de poco tenemos que emprender el viaje a China…

—¡Claro que no! ¡Quiero saber qué ha ocurrido con esta mujer! ¡He de saber qué proceso han desencadenado en ella mis drogas para que se haya convertido en una mujer de raza blanca! ¡Haz esa llamada por radio! Y usted, señorita Flowers, ¡venga con nosotros!

Ping salió como de mala gana del cuarto. Dos chinos asieron a Scarlett por los brazos y la pusieron en pie, pues ella no parecía tener las fuerzas necesarias para ello. La llevaron al cuarto donde

había estado Lin Fuah, el cual tiró al suelo todo lo que había sobre una amplia y carcomida mesa de despacho, y la señaló.

Scarlett fue depositada en la mesa, y Lin Fuah señaló enseguida la puerta, mirando a sus hombres.

—Fuera de aquí… ¡Todos fuera de aquí inmediatamente!

Fue tras ellos, cerró la puerta, y regresó excitadísimo junto a Scarlett, a la que se dispuso a desnudar, con manos temblorosas por la emoción del grandioso hallazgo científico…

En un instante, todo cambió en la vida de Lin Fuah: la señorita Flowers saltó de la mesa, agarró a Lin Fuah con la mano izquierda por la ropa del pecho, y con la derecha por los cabellos, con una fuerza tal en ambas presas que el chino quedó como metido en un cepo, con la cabeza ladeada e inmovilizada. Sus ojos se desorbitaron mientras contemplaba el rostro de la ex negra, que dijo secamente:

—Haga algo que no me guste, y verá con qué facilidad le rompo el cuello, genio de la genética. Sé que no lleva ahora encima su pistola. ¿Dónde la tiene? Si no contesta en tres segundos lo mato.

Lin Fuah tuvo la certeza absoluta de que aquella nueva mujer iba a cumplir su amenaza, así que dirigió la mirada hacia la mesa.

Ella comprendió, la rodeó de espaldas siempre llevando a Lin Fuah agarrado con la insólita pero terrible presa, y llegó al otro lado, donde había unos cajones. Manteniendo sujeto a Lin Fuah sólo con la mano derecha, buscó con la izquierda, hasta abrir el cajón donde estaba la pistola, que empuñó rápidamente.

—¿Dónde está el helicóptero? —inquirió, colocando la punta del silenciador bajo la barbilla de Lin Fuah.

—Está… está entre unos árboles, camuflado…, en la parte de atrás de la casa…

—Escúchame bien, porque no tenemos tiempo para que yo vaya repitiendo instrucciones. Vamos a colocarnos detrás de la puerta, y cuando alguno de tus hombres venga a comunicarte algo dile que preparen el helicóptero para salir inmediatamente con él, y que lo coloquen delante de la casa. Dentro del helicóptero que instalen a Boris y a De Witt. ¿Lo has entendido? Y todo eso sin que nadie entre en este cuarto, insiste en eso.

—No conseguiréis escapar…

—¿No? ¿Qué te apuestas? ¿La vida, por ejemplo? ¡Camina hacia la puerta!

Lin Fuah obedeció, y los dos quedaron esperando en silencio, Scarlett siempre sujetando al chino y apuntándole con la pistola. Transcurrieron casi veinte minutos antes de que en la puerta sonaran unos golpes y al otro lado de oyera la voz de Ping.

—¡Lin Fuah! ¿Puedo entrar?

Lin Fuah iba a contestar inmediatamente, pero Scarlett le hizo esperar unos segundos con un gesto antes de autorizarle con otro.

—¡No! —dijo entonces Lin Fuah—. ¡Nadie puede entrar! ¡Y encárgate de que el helicóptero sea preparado, colocado delante de la casa, y cargad en él al británico y al ruso!

—Pero he llamado por radio y me han dicho…

—¡Haz lo que te ordeno!

Hubo unos segundos de silencio. Luego se oyeron los pasos de Ping alejándose. Scarlett Flowers rió quedamente, y dijo:

—Tengo una mala noticia para ti, Lin Fuah. Me imagino que últimamente, debido a todos estos planes, has estado tratando con espías, con agentes del Lien Lo Pou que sin duda te han estado ayudando en tus maquinaciones, ¿no es cierto?

—Sí… Sí, así es.

—Entonces, dicho sea sin jactancia, me permito suponer que, inevitablemente, ellos te han hablado de cierta espía americana a la que llaman Baby… ¿Acierto?

—¿Usted… es Baby? —jadeó Lin Fuah, con ojos desorbitados.

—¡Qué listo eres! En efecto, soy Baby. Y te diré una cosa: no estoy acostumbrada a perder, de modo que si en cualquier momento intentas algún truco que me impida llegar al helicóptero, date por muerto. En cambio, si colaboras podemos llegar a un acuerdo.

—¿Qué acuerdo?

—Tu vida a cambio de que realmente colabores en nuestra fuga. Sólo tienes que caminar conmigo hasta el helicóptero como si fueses tú quien controlase la situación. Cuando lleguemos al helicóptero yo subo y amenazo con la pistola al piloto, y tú puedes aprovechar para escapar de mi línea de tiro pues no podré atender dos cosas a la vez. Inmediatamente, yo me marcho con el helicóptero llevándome a mis colegas. ¿Trato hecho?

—Pero tú puedes luego intentar alcanzarme con el helicóptero y…

—De ninguna manera, amiguito, pues correría el riesgo de que

desde tierra tus amigos me derribasen, y no tengo la menor intención de correr ese riesgo. Lo único que deseo, aun a costa de dejar con vida a un bicho como tú, es poder ir a contar en Washington tu… invento diabólico, para que el mundo esté preparado y tome sus medidas contra él. ¿Trato hecho o no?

—Está bien —aspiró hondo Lin Fuah—… Sí, de acuerdo.

Unos quince minutos más tarde regresó Ping, informando a través de la puerta que el helicóptero estaba preparado, y los prisioneros instalados en su interior. Siguiendo las instrucciones de Scarlett Flowers, Lin Fuah ordenó que uno de sus hombres se pusiera a los mandos del helicóptero, y Ping se alejó.

Cinco minutos después, Scarlett y el chino salieron del cuarto, y acto seguido de la casa. El helicóptero estaba frente a ésta, en efecto. Lin Fuah y Scarlett caminaban uno junto a otro, ella tomada del brazo de él y apoyando la boca de fuego del arma en su costado izquierdo a la altura del corazón, ocultas mano y pistola por un pañuelo. Cerca de ellos, varios chinos les contemplaban con perplejidad y hasta con cierta desconfianza, pero ninguno de ellos decía nada.

Llegaron junto al helicóptero, a cuyos mandos, en efecto, había un joven chino de deportivo aspecto, que contempló con curiosidad a la hermosa mujer blanca que, según decían, antes era negra…

—Sube a bordo —ordenó Baby.

—¿Qué? —jadeó Lin Fuah—. ¡El trato…!

El golpe de pistola en lo alto de la cabeza aturdió a Lin Fuah…, y al mismo tiempo, con sus escasas pero torpes fuerzas, De Witt Mason golpeaba al chino piloto con un puño, en un mazazo tremendo también en lo alto de la cabeza, y que lo fulminó. De un manotazo De Witt echó fuera del helicóptero al piloto, agarró por la ropa a Lin Fuah, y tiró de él hacia el interior del aparato, mientras Scarlett se colocaba rápidamente a los mandos. La maniobra se llevó a cabo con tal limpieza y rapidez que cuando los demás chinos fueron a darse cuenta la señorita Flowers ya había puesto en marcha la gran aspa del helicóptero…, y al mismo tiempo disparaba contra Ping, que fue el primero en reaccionar corriendo hacia el helicóptero y comenzando a sacar su pistola… Ping dio un grito, efectuó una voltereta, y rodó por el suelo…

—¡Toma! —Le entregó Scarlett la pistola a De Witt—. ¡Haz lo

que puedas!

De Witt Mason asintió torpemente, apuntó hacia el exterior con la pistola, y disparó…, enviando la bala a las nubes. La siguiente rebotó junto al helicóptero, que ya se elevaba rápidamente. Un par de balas rebotaron en el fuselaje del aparato antes de que éste, subiendo verticalmente a toda la velocidad posible, se pusiera fuera del alcance de las armas de los chinos. Lin Fuah se removía como intentando hacer algo, y De Witt resolvió el problema con otro mazazo en la cabeza del chino, que perdió el conocimiento.

* * *

Lin Fuah oyó el piar de unos pájaros. Abrió los ojos, y parpadeó enseguida, deslumbrado por la luz del sol poniente. Estuvo unos segundos quieto, sin comprender.

Y cuando de pronto lo hizo se sentó de un salto.

Lo primero que vio fue el helicóptero, a pleno sol. Luego, cerca de él y a la sombra de unos pinos, vio a Scarlett Flowers, sentada graciosamente y contemplándole con ironía ciertamente perversa. Junto a ella, apoyado en el tronco de un pino, turbia la mirada, estaba De Witt Mason. Y junto a éste, tendido completamente sobre la pinocha, el ruso al que llamaban Boris.

—Es que mientras esperamos a mis compañeros de la CIA he preferido permanecer fuera del helicóptero, para no pasar calor —explicó Scarlett—. ¿Cómo va esa resurrección, Lin Fuah?

—¿Qué hacemos aquí? ¿Dónde estamos?

—No demasiado lejos de la casa de la cual escapamos, y que muy pronto será ocupada por mis Simones, a los que llamé por la radio del helicóptero y les expliqué la situación. Mientras ellos resuelven esa parte del asunto, nosotros charlaremos.

—No tengo ganas de conversación.

—Pero yo sí —sonrió Scarlett Baby Flowers—. Por ejemplo, voy a hacerle una proposición que no podrá usted rechazar, y es la siguiente: si me cuenta la verdad, le mataré, simplemente, y aquí no ha pasado nada; si no me cuenta la verdad, no sólo le mataré, sino que me encargaré de deslizar un mensaje o información al Lien Lo Pou diciendo que, finalmente, el doctor Lin Fuah decidió traicionar a China ayudando a escapar a la agente Baby de la CIA, a la que

facilitó todos los datos sobre su sensacional descubrimiento de recuperación de muertos.

Lin Fuah estaba demudado, y mudo de espanto y sobresalto.

—No puede usted… hacer eso —jadeó por fin.

—Ya lo creo que puedo. Y tratándose de mí, el Lien Lo Pou lo creería todo. Es decir, que usted sería para siempre deshonrado y maldecido en China. En cambio, si me dice la verdad, aunque hagamos fracasar los planes de China usted siempre será recordado con admiración y respeto como el hombre que, siendo de nacionalidad norteamericana, dio su vida por la Gran China del futuro. ¡Y no me diga que mi oferta no es buena, Lin Fuah!

—Sí… Es realmente buena —jadeó el chino—. ¿Qué quiere saber?

—En primer lugar: ¿verdad que estaba previsto que yo y mis dos colegas escapásemos, de todos modos, con el fin de que pasáramos a nuestros respectivos servicios la información conseguida mientras permanecimos prisioneros de usted?

—Sí… Estaba previsto.

—Es decir, que lo que realmente usted quería era que tanto la CIA como los servicios británico, ruso, y cuantos más mejor, supieran que China podría siempre recuperar sus muertos, convirtiéndose por tanto en invencible tanto en paz como en guerra. ¿Cierto?

—Sí.

—De este modo, causaba usted la desmoralización en el mundo entero, sometiéndolo ya de entrada a China. ¿Para qué luchar contra China, si ésta siempre tendría millones de soldados que podían ser recuperados quizá varias veces, convirtiéndose en una oleada invencible de sucesivas invasiones? ¿Era ése su plan…, que por supuesto mereció la probación y el apoyo de Pekín?

—Sí.

—Pues ha fracasado —sonrió encantadoramente la ex negra señorita Scarlett—. Hablemos ahora de esas… recuperaciones. ¿Son ciertas?

—Sí.

—Lin Fuah: quiero una verdad que satisfaga mi inteligencia, no una sarta de tonterías. O eso, o envío mi mensaje al Lien Lo Pou.

—Es cierto —aspiró hondamente Lin Fuah—… Bueno, yo

descubrí una droga que, inyectada, provocaba un estado parecido al de la catalepsia, o sea, que la persona inyectada permanecía durante un determinado tiempo en unas condiciones semejantes a las de la muerte. Pero por más vueltas que le daba a este descubrimiento no le encontraba una verdadera y gran utilidad…, hasta que se me ocurrió que, como una broma, podía simular que alguien muerto era resucitado por mí. Y de aquí empezó a germinar todo el plan.

—Pero usted sólo podía operar con personas a las que previamente hubiera puesto usted en ese estado, ¿no es cierto? Lo que significa que tanto el profesor Jefferson Carson, como los otros seres que había en el motel habían sido «muertos» por su droga.

—Así es. Escogíamos primeramente personas que no tuviesen familia y que, preferentemente, tuvieran un médico negro no demasiado exigente. Estos médicos firmaban el certificado de defunción, los «cadáveres» eran enterrados y luego nosotros los robábamos. Desde el primer momento todo estuvo planeado para que el asunto fuese descubierto. Por eso, cuando llegó el momento, hicimos lo del periodista Glenn Rush. No fue él quien tomó las fotografías ni escribió el último reportaje, sino nosotros, a fin de enviar las fotografías que movilizarían a espías y policías. Luego matamos a Rush, para que pareciera que había sido un asesinato para impedir la publicación de esas fotos… La verdad es que en todo momento se hacían las cosas para que, a su debido tiempo, fuesen descubiertas, y el mundo fuese advertido por la CIA y demás servicios de espionaje de lo que China podía hacer.

—Lo cual era un modo de tener al mundo… sometido a una especie de terror, de chantaje digamos… demográfico y bélico. Desde luego, lo que no se les ocurra a los chinos no vale la pena de ser contado. Un gran plan…, que no se llevará a cabo.

—Ya he comprendido eso —jadeó Lin Fuah—. Así pues, en estos momentos sólo me interesa una cosa: ¿es usted blanca o es negra? ¿Su alteración ha sido debida a mis drogas o…?

—Ah, no, no… ¡Nada de eso! Sus drogas no tienen nada que ver en esto, aunque en lo demás ha funcionado bastante bien.

—¿Quiere decir que usted se dio cuenta de que les suministraba drogas con la bebida? —exclamó Lin Fuah.

—Nos dimos cuenta De Witt y yo. Aunque en algún momento

aceptáramos que habíamos estado «muertos», lo cierto era que nos sentíamos mal tras volver a la «vida», y los dos, incluso estando drogados, comprendimos la verdad, quizá porque somos más desconfiados por naturaleza que los negros que usted tenía en el motel convencidos de que eran zombies ahijados de Wilder y Ophelia. Nosotros comprendimos que nos drogaban, y entonces nos apostamos a ver quién seguía drogado y quién no, y De Witt perdió.

—No he comprendido eso.

—Pues que cuando comprendimos que las drogas llegaban en la comida y la bebida, yo dejé de comer y beber, y De Witt se lo comía y bebía todo para que ustedes no se dieran cuenta de que uno de los dos no ingería las drogas… Así que él está superdrogado y superalimentado, y yo estoy medio muerta de hambre pero con toda mi lucidez desde hace más de veinticuatro horas, de modo que he podido pensar, y preparar nuestra contraofensiva. ¿No es así, De Witt?

—Maldita… sea… mi estampa —farfulló el británico—… Espero que los médicos… consigan… desintoxicarme…

—Claro que sí —sonrió Scarlett—. Tanto tú como Boris seréis llevados muy pronto a una clínica privada donde os atenderán divinamente. Y todo, a cambio de una sola promesa: que olvidéis que alguna vez visteis a Baby negra.

—¿Sí? Pu-pues la… la verdad es… es que yo también… quisiera saber… cómo es posible… eso…

—Es un alto secreto… que estoy seguro guardarás. En cuanto a Boris, me parece que ni siquiera se ha enterado de nada. Bien, sólo nos queda esperar a mis Simones para que nos digan cómo van las cosas y…

—Usted tiene que cumplir su palabra —exclamó Lin Fuah.

—¿A qué se refiere? —se desconcertó la señorita Flowers.

—A matarme. Hemos hecho un trato, y yo lo he cumplido.

—¿Está hablando en serio? ¿Realmente quiere que lo mate?

—Desde luego. Ya que no he triunfado, quiero que en China quede memoria de mí como el hombre que dio su vida para poner en marcha el más grandioso plan jamás concebido para la grandeza de China. Quiero que me mate, y que así lo haga saber al Lien Lo Pou, para que éste informe en Pekín de mi sacrificio… y mi mala suerte al haber intervenido usted en los planes que yo ofrecí.

—Le advierto —dijo no sin socarronería Scarlett— que si yo lo mato ya no podrá usted resucitar.

—Lo sé bien.

—Ya. Lo que ocurre es que usted no me cree capaz de matarlo, al menos fríamente. Pero está en un error. Yo puedo matar tanto o más que usted, y tanto o más fríamente. Aunque no tan fríamente, pues sólo tengo que recordar los asesinatos que usted ha cometido para cimentar sus planes y darles verosimilitud, como por ejemplo, aquella desdichada gente de los camiones… Gente que muere y que quedan en mi recuerdo… como simple masa humana sacrificada por criminales como usted, quedan en mis recuerdos como esos queridos muertos en aras de ambiciones inhumanas y hasta absurdas. ¡Tengo tantos queridos muertos en todo el mundo, Lin Fuah! Cientos de miles, millones de queridos muertos, millones y millones de seres humanos inmolados por bestias criminales como usted… ¿Y usted cree que no soy capaz de matarlo?

—Le exijo que lo haga, que cumpla su parte —sonrió Lin Fuah.

—Con muchísimo gusto —dijo Brigitte Baby Montfort.

Apuntó con la pistola al corazón de Lin Fuah, y sonrió gélidamente cuando vio en el rostro del chino la leve mueca de sobresalto.

Plop, disparó.

La bala se hundió el corazón de Lin Fuah, derribándolo de espaldas a la luz roja del sol poniente.

Comenzaba a oírse la llegada de un helicóptero.

—Ahí llegan tus… tus Simones —murmuró De Witt; miró a Lin Fuah y añadió—… Seguro que… que éste no… no resucita…

—Y no sólo eso —dijo Baby—, sino que él no formará parte de esa legión de mis queridos muertos a quienes deseo que realmente haya un reino de los cielos y que todos estén en él gozando de felicidad eterna.

Este es el final

—El ruso se marchó en cuanto se encontró mínimamente bien —dijo De Witt Mason—, pero yo decidí esperarte. Quería verte de nuevo.

—¿Por qué? —se sorprendió Brigitte Montfort—. ¿Algo quedó sin explicar?

—Todo estaba y está muy claro, y precisamente por eso el ruso se dijo que no tenía nada que hacer aquí. Por cierto, estoy muy enfadado con tus Simones.

Brigitte, que estaba encendiendo un cigarrillo sentada en una butaquita de la habitación de la clínica privada donde habían sido debidamente atendidos Boris y De Witt, miró a éste sorprendida.

—¿Enfadado con mis Simones? No es posible… Les dije que tanto a ti como a Boris debían trataros no sólo bien, sino espléndidamente…, y cuando yo digo algo mis Simones lo cumplen siempre.

—No, no, pero si del trato no me quejo, qué va… Pero es que, ¡maldita sea!, ellos se han enterado del verdadero nombre de Boris, y no han querido decírmelo.

Brigitte se echó a reír. De Witt, que estaba de pie junto a la ventana, finalmente repuesto aunque su recuperación había sido más larga que la de Boris, suspiró y dijo:

—En fin, me quedaré sin saber quién es realmente Boris.

—No creo que te pierdas gran cosa.

—Pero tú sí lo sabes, ¿verdad?

—Más o menos.

—Muy graciosa. Pero bueno, yo sé que Baby es Brigitte Montfort, lo que no es poco. Por cierto, ¿es verdad que los chinos ofrecen diez o quince millones de dólares por tu cabeza?

—Veinte, en estos momentos —sonrió la divina espía.

—Caray… ¡Menos mal que Boris no se ha enterado de quién

eres!

—Nuestro colega Boris, al igual que tú, no me traicionaría. Vamos, De Witt, afortunadamente todavía quedamos seres humanos de verdad en este mundo cada vez más híbrido e insensibilizado.

—A propósito de sensibilidades: ¡por fin te escribí los versos! Ya sé, ya sé que no podrá haber nunca nada entre nosotros, pero al menos déjame leerte los versos.

—Está bien —aceptó Brigitte—. Adelante.

—Pues ahí van…

Scarlett, querida muñeca,
vivo sin vivir en mí,
no como, no vivo, no duermo…,
¡solamente pienso en ti!
Y te lo diré claramente:
o echamos mil polvos de amor,
¡o me convertiré en un demente!

—Dios mío, son unos versos tan malos que mereces la muerte.

—No me importa —sonrió De Witt—, porque sé que entraría a formar parte de tu legión de queridos muertos…

FIN